Megan Maxwell

# Soy una mamá divorciada y alocada



zafiro

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Pasito a pasito
Esa cosa llamada... promesa
Soy del Club
Pero ¡qué mona estoy!
Ardo en llamas
O me espabilo... o me espabilo
¡Arriba la libertad y viva la cantidad!
Tú lo que quieres es que te coma el tigre
Megacoensutíaladelpuebloyensusprimosdequintanar
Separada, y ahora ¡DIVORCIADA!
Biografía
Referencias a las canciones
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

**Explora** **Descubre** **Comparte**

# Sinopsis

Hola,

Soy Estefanía y, como ya sabes, me he separado y ahora rezo para que llegue pronto el divorcio.

Sí… sí, no me mires así, DI-VOR-CIO. Con todas sus letras.

Por si lo has olvidado, te recuerdo que me separé porque descubrí que el caradura, por no decir un palabrotón, del que era mi maridito me la pegaba con otra mujer a quien tenía escondida en su teléfono como ¡Saneamientos López!

¡Se puede ser más ruin!

En fin. Ya lo he asumido, aunque a veces no es fácil aceptar que Alfonso y yo ya no somos más que los padres de tres preciosos niños y unos auténticos desconocidos.

A pesar de todo, intento que la vida continúe con normalidad para todos y, dispuesta a reencontrarme, comienzo a salir con mis amigas.

Según ellas, vuelvo a estar en el mercado, pero oye… ¡vaya tela como está el mercado!

Y si a eso le añado, entre otras cosas, que mi ex, en una de sus locuras, decide llevarse de vacaciones a mis hijos con su nueva churri, ¡pues imagina! ¡Estoy que reviento por todos lados!

Pero ¡madredelamorhermoso! ¿Qué voy a hacer yo sin mis polluelos? ¿Será capaz Alfonso de apañarse con los niños sin mí?

Eso sólo lo sabrás si lees… Soy una mamá divorciada y alocada.

¡Te espero!

# Soy una mamá...
# divorciada y alocada

## Megan Maxwell

# Pasito a pasito

«Estefanía, oficialmente estás separada.»

Esas palabras retumban una y otra y otra vez en mi mente mientras miro el techo de mi habitación.

«Madre mía..., madre mía...

»Por el amor de Dios...

»¡Que me he separadooooooooo!»

Vale. Ya sé que no soy ni la primera ni la última en hacerlo, pero... ¡me he separado! Yo..., Estefanía..., separada.

«Uf..., uf..., el calor que me entra.»

Si llegan a decirme esto hace un año, ¡me río y me destrozo!

Yo, que era la mayor fan de él.

Yo, que besaba el suelo por donde pisaba.

Yo, que creía en el amor y en la pareja.

Pero no. Eso se acabó.

Ya no soy fan de nadie, ni beso el suelo de nadie, ni creo en el amor.

He tomado una decisión tras saber que el hombre al que adoraba, quería y amaba, al que le planchaba las camisas y los calzoncillos para que fuera como un pincel de guapo, me la estaba pegando con Saneamientos López.

Pero ¿se puede ser más cabrito?

Yo, aquí, ejerciendo de mami y amante esposa, riéndole las gracias cuando no las tenía, soportando sus pedos cuando se le caían y aguantando a su madre cuando la buena señora se presentaba, y él, dándose la vida padre, acostándose con ésa y a saber con cuántas más y riéndose de mí en mi cara.

No..., definitivamente no es un cabrito, ¡es un cabrón!

Me estiro sobre el colchón y, ¡zas!, alguien me lo impide.

Al mirar, me encuentro con mi perra *Torrija*. Compartimos cama.

Sus ojitos redondos me observan a la espera de que le sonría para ella tirarse contra mí y llenarme la cara de lametazos.

¡Qué cariñosa es!

Vale. Sé que los perros no se han de subir a la cama, mi ex siempre me lo decía. Pero *Torrija* es una más de la familia, y, aunque a veces me despierto y estoy al borde del colchón mientras ella está repanchingada en el centro, se lo permito. ¿Por qué?, pues porque me da la gana. ¿Para qué te voy a decir otra cosa?

Tras unos segundos en los que *Torrija* y yo nos miramos, finalmente sonrío, y ella, mi bichito precioso, se pone de un salto sobre mí y, mientras mueve el rabo de manera

descontrolada, me da sus particulares, lametosos y babosos buenos días. Vuelvo a sonreír. Ella me hace feliz.

Cuando su ratito de amor perruno e incondicional acaba, vuelve a tumbarse a mi lado. A ésta le gusta tanto como a mí la cama.

Hoy termina el colegio de los niños y ha pasado una semana desde que firmé la separación.

Siete largos días, que son ciento sesenta y ocho horas.

Ciento sesenta y ocho horas que son diez mil ochenta minutos.

Diez mil ochenta minutos que, traducidos en segundos, son...

Vale, paro.

No soy una experta matemática. Sé esto porque esta madrugada, cuando me levanté al baño por enésima vez, cogí el móvil y lo conté con la calculadora.

«Dios..., me voy a volver loca.»

Angustiada, levanto el brazo. Lo miro y, ¡zas!, me fijo en mi dedo.

«¡Joder, a ver si me da el sol y se me quita la marca!»

Pero me tiembla la barbilla... «Aisss, que lloro.»

Los ojos se me empañan... «Aisss, que gimoteo.»

*Torrija*, que es más lista que el hambre, rápidamente acude a mi rescate. Vuelve a llenarme la cara de besos y reacciono. Paro y me siento en la cama, ¡no voy a llorar!

Que no..., que no... ¡Que no quiero!

Vuelvo a mirar mi mano. ¡Qué rara me siento sin el anillo! Pero basta...

¡Se acabó flagelarme!

Lo mío con mi ex —qué raro resulta decir «mi ex»— está roto. *Finito. Caput!*

Sólo espero que a partir de ahora y hasta que firmemos el puñetero divorcio exprés todo lo hagamos bien, especialmente por los niños.

¡Divorcio exprés!

Por Dios, qué mal suena esa clase de divorcio después de una vida junto a él.

Qué triste.

Qué triste es vivir un momento así y pensar que, a partir de ahora, el padre de mis hijos será un desconocido con el que tendré recuerdos en común que quiero olvidar.

Por supuesto, quiero olvidar los recuerdos de él, no los de mis hijos.

Alfonso, alias *Rapunzel* por el amor que le tiene a su lindo cabello, me ha hecho daño, mucho daño, y cuanto menos piense en él, mucho mejor.

Miro el despertador.

Queda media hora para que suene y tenga que levantarme gritando como cada mañana. ¡Zafarrancho de combate!

Despertar a mis niños es una guerra. Una guerra que hago encantada cada mañana, y espero que el tiempo se ralentice para que pueda disfrutarlo mucho más, aunque a veces me queje.

Una cosa importante: necesito encontrar un trabajo. Las horas que echaba en la residencia de ancianos se acabaron, y aunque de momento no voy mal de dinero, porque nos hemos repartido lo que teníamos en común, está claro que, si sólo se saca y no se mete, las cuentas se vacían, y yo necesito meter.

Y, ya que nos ponemos, no me vendría mal en otros sentidos, porque desde que Alfonsito se marchó, sólo tengo citas nocturnas con mi adorado *Simeone*, ese que duerme en el primer cajón de la mesilla y que de vez en cuando me alegra la vida.

¡Anda que no!

Hace dos días le puse pilas nuevas, pues las que tenía estaban decaídas como yo, y, *madredelamorhermosobonitoycurrufoso*, la potencia que tiene ahora.

¡Increíble!

Sedienta de agua, por no decir de venganza contra mi exchurri, me levanto al baño para beber, seguida, cómo no, por *Torrija*. Es mi sombra. Allá donde voy viene ella.

Al entrar en el baño mis ojos chocan directamente con el albornoz de mi ex.

Lo miro.

No puedo ni moverme, y de pronto soy consciente de que permanece colgado donde siempre.

¿Por qué?

¿Por qué no lo he quitado?

¿Acaso estoy tan acostumbrada a verlo que ni estando ahí lo veo?

La costumbre. Maldita costumbre.

Finalmente, consigo moverme, llego hasta el grifo, lo abro y bebo agua a morro.

Pienso en Alfonso. En que hoy lo veré en la fiesta de fin de curso de los niños, y siento un retortijón.

«¡Joder..., joderrrrrrrr!»

Una vez termino y cierro el grifo, mis ojos vuelan de nuevo al maldito albornoz de Pierre Cardin negro y gris que le compré con tanta ilusión a ese imbécil para Navidad.

Pero, vamos a verrrrrrrrrr...

¿Por qué sigue ahí colgado?

¿Por qué no cojo todas las jodidas cosas suyas que aún no se ha llevado y hago una hoguera con ellas?

Cierro los ojos y me invaden cientos de recuerdos.

Alfonso abriendo el regalo...

Alfonso probándoselo y yo sonriendo...

Alfonso mirándome y yo quitándoselo...

Madre mía..., madre mía, ¡qué moñas soy!

Pero ¿cómo puedo recordar eso cuando ese falso me la estaba pegando con otra?

De nuevo, otro retortijón de estómago, y reacciono.

Estiro la mano, cojo el albornoz para tirarlo a la basura, pero, tonta de mí, me lo acerco a la nariz. Huele a él. Huele a mi ex. Huele al hombre que me ha hecho arañar los techos de mi casa y me ha partido el corazón.

Durante unos segundos olisqueo la prenda, que, además, huele a traición, cuando mis ojos y los de *Torrija* se encuentran.

La pobre me mira.

Sus ojos redonditos y cargados de bondad me dicen que no me preocupe. Que ella está a mi lado, y sonriendo con tristeza, afirmo:

—Lo sé. ¡Soy una imbécil!

*Torrija* se sienta frente a mí. Ladea la cabeza y yo cuchicheo sentándome en la taza del váter:

—No pienses que volvería con él... Que no..., ¡ni loca! Pero aún se me hace raro que no viva aquí. Han sido muchos años juntos. Demasiados. Y, aunque sé que estoy haciendo lo que he de hacer, me duele y tengo que aprender a vivir sin él.

No dice nada.

Vamos..., que si habla me da un patatús, pero sólo me mira.

Finalmente, y consciente de que soy una dramas, sonrío y afirmo tocando su preciosa

cabecita:

—Tienes toda la razón del mundo. Pasito a pasito.

«Rabiosaaaaaaaaaaa... Rabiosaaaaaaaaa... Rabiosaaaaaaaaaaaaa…»

¡Mi despertador!

De inmediato, me levanto del váter, tiro el albornoz al suelo, salgo del baño y corro a apagarlo, seguida por mi sombra perruna.

Definitivamente he de cambiar el tono que tengo puesto, y más ahora que comienzan las vacaciones de verano.

Al final, me recojo con una pinza el pelo en lo alto de la cabeza, me pongo las zapatillas con premura y murmuro:

—Ea, ¡a despertar a los pichoncillos!

¡Zafarrancho de combate!

Como siempre, mis peques están fritos, pero fritos..., fritos.

¡Mira que les gusta dormir!

Tanto como a... a... su padre y a mí. Aunque confieso que, desde que ellos llegaron a mi vida, sólo duermo como si no hubiera un mañana cuando se van a dormir con mis padres o ahora cuando se marchan con su padre. El resto del tiempo duermo en modo «mamá»: con medio ojo abierto y las antenas conectadas.

Como me dijo mi hada madrina, mi madre, cuando nació Nerea: «¡Descansa cuando puedas, que no será siempre!».

«Ay, mamá, ¡qué sabia eres, *jodía*!»

Sin tiempo que perder, entro en la habitación de mi preciosa y adolescente hija, cuyas paredes están llenas de maromos impresionantes, y, acercándome a ella, murmuro mirando a uno morenito que está de muy buen ver:

—Nerea..., Nerea, despierta.

—Jo, mamáááááááá...

Al oírla, sonrío e insisto:

—Último día de cole, y hoy bailas en la función esa canción que tanto te gusta.

Mi niña se estira y bosteza.

—Cinco minutitos más, mamuchi..., por favor.

Eso me hace sonreír de nuevo.

No falla esa frase cada mañana.

¿Qué tendrán esos cinco minutitos?

Con diligencia, salgo de la habitación de la princesa de la casa para entrar en la de mis dos príncipes, Aarón y David. Ellos, al igual que su hermana, duermen como ceporros y, tras darle un besito a David en la frente, me acerco a Aarón, lo beso también y susurro:

—Tesoro. Hay que levantarse.

Aarón sonríe.

Me encanta esa sonrisita mañanera, que algún día le dedicará a otra, aunque se dé la vuelta y siga durmiendo.

¡Eso tampoco falla!

De pronto, mi pequeño David salta de la cama y, mirándome con unos ojos como platos, pregunta mientras *Torrija* salta emocionada al verlo despierto:

—Mami, hoy se acaba el cole, ¿verdad?

Asiento.

—Sí, mi amor. Hoy te dan las vacaciones.

David aplaude, salta y, corriendo, va a por sus deportivas mientras yo pienso en los casi tres meses sin colegio que tengo por delante, y no sé si cantar o hacerme el harakiri.

Vamos a ver..., adoro a mis niños, pero tres meses en modo mamá las veinticuatro horas del día es agotador..., por no decir ¡una putada!

Y que conste que yo por mis niños ¡MA-TO!, pero quien diga que esos tres meses son una bendición y no un calvario plagado de momentos en los que dan ganas de maniatarlos ¡miente como un bellaco!

Una vez mi David desaparece, acaricio con mimo el rebelde pelo de Aarón.

—Vamos, campeón, ¡a levantarse!

Mi niño se estira, se da la vuelta, vuelve a sonreír y, abriendo sus bonitos ojos, murmura mirándome:

—Buenos días, preciosa.

«Aissss, ¡que me lo como!»

Aarón es un meloso de primera desde bien pequeñito.

Adoro que sea así, aunque algo en mí me dice que va a ser un ligón de primera que va a romper muchos corazones y me va a dar muchos problemas.

«¡Niñas del mundo..., preparaosssssssssss!»

Pero, sin querer pensar en esos corazones que romperá y en esas niñas que lo mirarán embelesada, sonrío, me siento en la cama y, agachándome, lo beso en la mejilla mientras digo:

—Aisss, mi *pezqueñín*..., ¡qué bonito y achuchable que es!

Eso hace que Aarón se levante a toda leche de la cama, ponga los pies en el suelo y, retirándose de mí, proteste mientras *Torrija* le chupetea la pierna:

—¡Mamáááááááá!

Sonrío, no puedo evitarlo, y, haciéndome la holandesa, pregunto:

—¿Qué pasa, mi amor?

—¡Que ya no soy un bebé!

Vuelvo a sonreír.

Mis niños crecen, como crecen todos los hijos de todas las madres del mundo, y, tremendamente consciente de que está en lo cierto, respondo:

—Lo siento, mi amor. Pero, para mí, tú y tus hermanos, por muy mayores que seáis, siempre seréis mis *pezqueñines* y necesito achucharos y besuquearos.

Él mueve la cabeza sin dar crédito. Debe de pensar que me faltan varios tornillos, y, sin decir nada, sale a toda prisa de la habitación justo en el momento en que entra David, que es todo vitalidad, y grita:

—Mami..., las zapatillas que me compraste corren mucho.

Vuelvo a sonreír feliz. David hace lo mismo que en su momento hizo su hermano Aarón. Cada vez que le compro unas zapatillas de deporte, corre con ellas y afirma que ¡corren mucho!

Encantada, lo agarro y me lo como a besos; éste todavía se deja besuquear.

La siguiente hora es una réplica exacta de todos los santos y benditos días.

Nerea se pelea con Aarón, Aarón con David y David con Nerea, luego David con Aarón y Nerea con conmigo, mientras la pobre *Torrija* nos observa en silencio y estoy casi segura de que alguna vez pensará qué maldad hizo ella para acabar en una familia así.

Acabados los desayunos, y recogidas sus carteras, consigo sacarlos de casa sin que se maten, con sus ropas especiales para la función de fin de curso.

Como cada mañana, en la puerta del cole les digo adiós desde la verja y sólo mi pequeño David me mira y se despide de mí.

«Aissss, aún recuerdo cuando Nerea y Aarón hacían lo mismo cada mañana con sus preciosas sonrisitas, hasta que les llegó el momento "vergüenza" y todo se acabó. En fin...»

Cinco minutos después, una vez me reúno con mis amigas Alicia y Yolanda, nos dirigimos al bar de siempre para desayunar. Allí nos esperan Paco y Luis, junto a Nuria y Clara.

Una vez nos sentamos alrededor de la mesa y pedimos nuestros desayunos, nos miramos conscientes de que es nuestra última mañana juntos hasta que comience de nuevo el colegio.

Eso nos emociona, pero, no queriendo moquear, lo olvidamos y nos sumergimos a hablar de nuestras cosas.

—¿A qué hora comienza la función de fin de curso? —pregunta Yolanda.

—A las tres —indica Paco, y, mirando a Luis, cuchichea—: Por cierto, me consta que asistirá el bellezón de Shakira. Vamos, amigo, es tu última oportunidad en este curso para pedirle a esa mamá que se tome una copita contigo.

Todos reímos.

Nosotros y nuestras cosas. Sabemos que vamos a añorar nuestro ratito mañanero, en el que sacamos trajes al más pintón, y Paco y Luis nos demuestran que, a pesar de ser dos tíos, son dos grandes marujos.

¡Y luego dicen que a los hombres no les va el cotilleo!

Tras una hora de risas y confidencias, antes de despedirnos quedamos en vernos sobre las tres menos diez en la puerta del cole para asistir al evento. Nuestros niños actúan y no queremos perdérnoslo.

Una vez regreso a casa tengo una prioridad ineludible: sacar a *Torrija*, o, mejor dicho, que *Torrija* me saque a mí. Oficialmente, la he nombrado paseadora de humanos, porque últimamente ella me lleva a mí.

Cojo su correa, la ato para que los puñeteros municipales del pueblo no me pongan una multa y nos vamos a dar nuestro paseíto matutino. Lo que disfruta mi perra ese momento.

Cuando llego al campo, donde sé que no pueden multarme, la suelto para que deje de tirar como una descosida y deje de meterme por sitios imposibles, y *Torrija* se vuelve loca. Verla correr y saltar tras los palos que le lanzo es increíble, y tengo que reír a carcajadas cuando me hace cabriolas. Es tan feliz corriendo que en ocasiones hasta parece que se ríe.

¡Me encanta mi *Torrija*!

Media hora después, con la lengua fuera y decidida a hacer lo que he pensado, la perra y yo regresamos a casa y entro directa al garaje. El mundo de Alfonso. De mi ex.

Mira que le gustan los tornillos. Por tenerlos, los tiene de todos los colores y tamaños. Él y sus gustos...

Ignorando lo que estoy pensando, busco una caja vacía. Sé que las hay, y cuando la encuentro, con ella en la mano, salgo del garaje y voy directa a mi habitación. *Torrija* me sigue babeando el suelo. Acaba de beber agua y la tía es que me lo pone todo pringado. Pero da igual, que ensucie. También está en su derecho.

Una vez en la habitación, dejo la caja sobre mi cama, entro en el baño y lo primero que agarro es el maldito albornoz de mi ex, salgo y lo meto en la caja. A eso le sigue todo lo que encuentro de él.

Me molesta hasta verlo.

Animada por lo que estoy haciendo, y aunque él se ha llevado lo que en la separación

dictaminamos, bajo con la caja al salón.

En plan justiciera, miro a mi alrededor escaneándolo todo a mi paso. Necesito que sus recuerdos desaparezcan de mi vista, y lo siguiente que meto en la caja son un par de cuadritos que le encantaban y que él compró un verano en Huelva. ¡Adiós, recuerdo!

Tras eso, rebusco entre los CD de música. Sigue habiendo algunos de él, y los separo. Una vez acabo, los miro y, bueno..., bueno, este de Whitney Houston y este otro de Barry White ¡me los quedo! Me gustan a mí.

Cuando termino, cierro la caja y la llevo al garaje. Cuando venga a ver a los niños a la función, que luego se pase por *mi* casa y se lleve *sus* cosas.

Acalorada por el momento terremoto vivido, cuando entro en el salón, mi gran amiga *Torrija* me observa en silencio. Me acerco a ella y, agachándome para besarle la cabeza, murmuro:

—Como tú me recomendaste, pasito a pasito.

# Esa cosa llamada... promesa

Como cada año desde que soy mamá, llegado el día de la función, aquí estoy, en la puerta del colegio para ver a mis niños hacer monerías.

A mí me da igual si lo hacen bien o mal, lo importante es que ellos estén felices. Aunque reconozco que, como a la mayoría de los padres, se me cae la baba cuando los veo en el escenario.

Apoyada en el muro, miro a mi alrededor y alucino. Hay algunos padres que para asistir a la función de fin de curso van tan emperifollados que parecen que van de boda.

«Por Dios, ¡qué elegancia!»

Y otros, como yo, que vestimos como un día normal y corriente.

Soraya, mi gran amiga Soraya, se acerca al verme junto a mis padres, que no se pierden una sola función de sus nietos, ¡lo que disfrutan los yayos con esto! Tras besuquearnos, comenzamos a hablar, cuando oigo a alguien decir:

—Señora González..., señora González.

Por costumbre, miro. Han sido demasiados años asumiendo ese apellido como mío. Veo al profesor de Aarón, que me mira, y a continuación dice con una sonrisa:

—Muchas gracias por los bombones y el libro. Ha sido todo un detalle.

Sonrío. Qué menos que un detallito para agradecerle la paciencia que ha tenido con mi niño.

Ambos sonreímos y, sin decirnos más, el profe se va escopeteado para el auditorio, cuando mi amiga Soraya cuchichea guiñándome un ojo:

—Está soltero..., me lo dijo la madre de Vanesa.

La miro boquiabierta.

«Por Diosssssssss..., ¡que el profe de mi hijo no me gusta!»

Pero, sin ganas de crear polémica o mi madre se meterá en ella, asiento y no digo nada. ¿Para qué?

Soraya ve a su madre.

Grita su nombre, pero la mujer, que está sorda como una tapia, no se entera. Al final Soraya dice dirigiéndose a mí:

—Te llamo y nos vemos mañana.

Asiento. Le guiño un ojo y ella se va tras su madre.

Una vez me quedo sola con mis padres, busco al padre de mis niños entre la gente. Les prometió que vendría. Algo raro en él, porque nunca ha asistido a ninguna función, y únicamente espero que si aparece lo haga solo y no con su nueva churri, que, por cierto, ya no es Saneamientos López.

«Uf..., uf..., como venga con ella, ¡la vamos a tener y muy gorda!»

Inquieta, lo busco. No me fío de él ni un pelo y, cuando finalmente no lo encuentro, agarro a

mis padres del brazo y los llevo junto a mis amigos. Cuando aparezca, ¡que se busque la vida!

Poco después, como cada año, cuando abren la puerta del auditorio del colegio para entrar, no faltan los empujones, los gruñidos y las malas caras.

Pero, vamos a ver, ¿acaso no somos adultos?

Pues no..., está visto que en algunas cosas somos peores que los niños.

Allí, todo bicho viviente quiere estar en primera fila, móvil en mano, para grabar a sus hijos, y lo entiendo. Que sí..., que sí..., ¡que lo entiendo! porque yo también quiero ver a mis *pezqueñines*. Pero lo que no estoy dispuesta es a que pisoteen a mis padres, me rompan el brazo o me metan mano. Porque sí..., sí..., hay algún que otro padre, o abuelito con cara de no haber roto un pato, con las zarpitas muy largas, y que, con eso de estar todos apretujados, aprovecha y se da algún que otro gustito al cuerpo.

«¡Qué degenerados!»

Una vez conseguimos entrar en el auditorio de una sola pieza y nos ponemos en un lateral a salvo de empujones, mis padres están emocionados y mi amiga Yolanda, que mira a su alrededor, cuchichea:

—Mi ex se lleva a los niños a la playa unos días, ¿el tuyo también?

La miro. No sé qué decir.

Alfonso no me ha dicho nada y, la verdad, dudo que se los lleve. Pero sólo pensarlo me agobia.

¡Nunca se han ido de vacaciones sin mí!

Abrumada, ando pensando en ello mientras busco al imbécil entre la gente, pero nada, no lo veo, cuando comienza a sonar música por los altavoces y salen al escenario los más chiquitines.

«¡Ay, qué monosssssssss!

»¡Ay, que me los comooooooooooo!»

Todos los padres, y cuando digo *todos* ¡es *todos*!, ponemos una cara de idiotas que es para fotografiarnos. Ver a niños y niñas de cuatro añitos bailando por sevillanas es para morirte, y no sólo de la risa.

Pero todos gritamos «¡Olé!» cada vez que la música se para, y aplaudimos como si estuviéramos viendo el mejor espectáculo del mundo.

Sin duda alguna, lo mejor de la vida ¡son los niños!

Tras los peques sale la clase de mi hijo David, y yo babeo al verlo cantar con su carita de ángel «*Tomorrow..., tomorrow..., I love you tomorrow…*».

Hago mil quinientas fotos, la mayoría de las cuales saldrán movidas, ¡pero da igual! Eso no me importa. Lo importante es que mi niño lo pase bien y yo me reviente las manos de tanto aplaudir junto a mis emocionados padres.

El espectáculo continúa y, cuando sale la clase de Aarón, yo creo que me muero de la risa.

Allí está mi ligoncete, en plan macarrilla, bailando una de las canciones del musical *Grease* y, por cómo mira a las chicas, sé que lo está disfrutando una barbaridad.

«¡Qué bien lo hace, el *jodío*!»

Fotos..., fotos... y más fotos... Aplaudo como una descosida mientras oigo a mi padre llamar orgulloso a Aarón y el muy sinvergüenza nos guiña el ojo feliz.

Por último, salen los mayores.

Ellos son los más profesionales y, cuando veo a Nerea, tan guapa, tan mayor, tan bonita, mi madre y yo aplaudimos y damos unos gritos a lo yanqui que sé que luego mi hija nos va a reprochar, pero da igual. ¡Necesitamos gritar!

Junto a nosotros, un grupo de chicos del instituto de al lado aplauden y silban. Con el pavazo que tienen, las niñas sonríen, empezando por la mía, y boquiabierta me quedo cuando oigo las burradas que dicen.

«Pero ¿serán sinvergüenzas?

»Como los pille, les arranco la cabeza.»

Y, al ver cómo Nerea le sonríe a uno, me entran los siete males.

«Por Dios..., no..., no..., no..., no quiero que mi niña cometa los mismos errores que yo.»

Y, sin poder remediarlo, recuerdo aquella frase que mi padre me decía: «Donde hay hormona, no hay neurona».

Boquiabierta, no puedo quitarle ojo a mi hija, cuando mi madre, que es la bomba, me mira y dice:

—Mírala, es tan descarada como tú mirando a los chicos a su edad.

Resoplo y, cuando voy a decir algo, comienza a sonar la canción, *Vente pa'ca*, de Ricky Martin y Maluma, y las niñas, porque son unas niñas, por muy mayores que se crean ellas, se lanzan a bailar con una sensualidad que a más de uno lo deja noqueado.

—¡Joder, con las niñas! —murmura Clara sorprendida.

Mi padre asiente, me mira y suelta:

—¡Es bailona como tú!

—Sí, papá —afirmo con una sonrisa mientras miro a ver si el padre de mi hija la está viendo.

—Pero buenooooooooo —cuchichea Paco mirándome—, pero qué bien baila doña Nerea.

Asiento de nuevo. Sé cómo baila mi hija, y verla moverse con ese desparpajo y esa seguridad en el escenario me enorgullece, aunque sé que, cuando me entregue las notas, el orgullo se me va a ir al garete.

Finalmente me olvido de mi ex y, de nuevo, le hago fotos..., fotos, cientos de fotos a mi preciosa hija. Cuando termina el baile que ha subido la temperatura a todos los asistentes, aplaudo hasta dejarme las manos mientras mi padre les hace saber a todos con orgullo que la de la faldita naranja que destaca bailando es su nieta.

¡Qué orgulloso está!

Tras la actuación de mi hija y sus compañeras, finaliza el espectáculo y la directora del colegio nos desea felices vacaciones de verano. También nos invita a todos a pasar al polideportivo, donde nos darán un refresco. Eso sí..., caliente, ¡faltaría más!

Allí estamos un ratito riendo y confraternizando con otros padres cuando mis niños, mis tesoros, vienen hacia nosotros para abrazarnos. Están felices.

Rápidamente me preguntan por su padre. No sé qué decir. No sé dónde está, y como de tontos no tienen un pelo, finalmente Aarón suelta:

—Peor para él.

Sus caritas de decepción al ver que su padre no ha cumplido con su promesa me encogen el alma. Me cago en Alfonso y en toda su familia. Bueno, en toda no, en mi excuñada, no, que la quiero.

El muy imbécil, además de pasar de ellos, no se ha molestado ni siquiera en mandarles un maldito wasap para darles una explicación.

«Pero ¿cómo se puede ser tan... tan cenutrio?»

Tras animar a los niños a que se marchen con sus amigos para que se olviden de su padre, mi cara de apuro y de cabreo lo dice todo. Mis padres y mis amigos me animan. Entienden lo que pienso y me dan ánimos, que yo agradezco de corazón, mientras una parte de mi interior se

desmorona al ser consciente de que Alfonso, en ciertas cosas, nunca cambiará.

Después del refresco caliente, los padres comenzamos a dispersarnos. El que no tiene que ir a comprar al súper tiene que hacer otras cosas, y, tras darles un besazo grande y cariñoso a mis padres y a mi cuchipandi, me despido de ellos y, una vez agrupo a mi tropa, regreso a casa con mis niños.

En el camino me cruzo con el vecino de mis padres, Diego. Ese que me llevó a urgencias el día que Aarón se hizo daño en el brazo y me llamó «cariño» delante de mi ex y de Saneamientos López.

Diego camina junto a su niña, esa niña diabólica llamada Maya, que le sonríe de tal manera que me hace sonreír a mí también. Está visto que adora a su padre.

Los ojos de Diego y los míos se encuentran, y simplemente nos saludamos con un movimiento de cejas. Instantes después, ambos sonreímos y continuamos nuestros caminos.

«Uf..., qué nerviosita me he puesto al verlo.»

¿Por qué?

¿Será porque llevo meses sin sexo con alguien de carne y hueso?

Con disimulo, cuando David se para a atarse el cordón de su zapatilla de deporte, miro hacia atrás. Diego es un tipo alto y, oye, ¡qué espalda, y qué culito más mono tiene!

«¡Uis, que me acaloro!»

Una vez David termina, prosigo mi camino con mis niños y, olvidándome de aquel que me ha hecho acalorar momentáneamente, sonrío por lo que me cuenta Aarón.

«¡Qué gracia tiene, el *jodío*!»

David y Aarón están contentos. Se lo han pasado bien en su fiesta del cole, pero a la que veo mustia como un espárrago es a Nerea y, como su madre que soy, imagino el porqué.

Una vez llegamos a casa y *Torrija* nos saluda emocionada, los cuatro entramos en la cocina para beber algo fresquito antes de que nos dé un *pumba* por el calor, cuando David pregunta con inocencia:

—Mami, ¿por qué papi no ha venido?

«Ay..., ay..., ay...

»¿Qué digo?

»¿Me dejo llevar por el demonio que me sale al pensar en aquél o soy conciliadora?

»Buf..., buf..., buf...»

Y, finalmente, conteniendo lo que realmente me gustaría decir, y sin abandonar mi sonrisa de mami, respondo:

—Seguro que no ha podido, cariño.

David asiente, se conforma, cuando Aarón achinando los ojos indica:

—Me prometió que iba a venir.

Ahora la que asiente soy yo y, cuando voy a responder, Nerea suelta:

—Como diría el abuelo, lo importante no es lo que se promete, sino lo que se cumple. Y, visto lo visto, no cumple lo que promete porque no le importamos.

Esa frase, que le he oído toda mi vida a mi padre, ¡me desgarra!

Nunca habría imaginado oírla de boca de mi hija con tanta desazón, y, para quitarle importancia, respondo:

—No digas eso, Nerea. Claro que le importáis a vuestro padre. Seguro que el trabajo se lo impidió.

«Uf..., ¡eso del trabajo no me lo creo ni yo!

»Pero, claro, en un momento así, ¿qué puedo decir?»

David pide más agua, mi niño está deshidratado, y, tras dársela, Nerea se acerca a mí con su móvil cuando David corre hasta su mochila, saca algo y dice:

—Mami, mis notas.

Sin mirar a Nerea, que de pronto tose, cojo el tesoro que mi pequeñito me entrega. Con una sonrisa, miro el papel: sobresalientes y notables. Esas notazas son maravillosas, y, abrazándolo, afirmo orgullosa:

—¡Muy bien, campeón! ¡Eres la bomba! Excelentes notas.

Feliz como una perdiz, David asiente y pregunta:

—Entonces ¿puedo jugar con la Play?

—Por supuesto, mi amor —sonrío encantada.

David corre al comedor cuando Aarón le dice:

—Pon el *Mario* y espérame, que ahora voy.

Dicho esto, se acerca a mí y, guiñándome un ojo, me entrega sus notas.

Con seguridad, abro las notas de Aarón y las miro. No hay ni un solo sobresaliente, pero hay notables y bienes. Y, aunque ha bajado un poquito, lo ha aprobado todo, y cuando voy a abrazarlo, pregunta:

—¿Estás contenta, mamá?

—Mucho, mi vida.

Aarón me abraza con gusto, con ganas, con seguridad.

Con todo lo arisco que es en ocasiones con otros, es el más cariñoso de mis tres hijos conmigo y, besándole la cabeza, murmuro:

—Estoy muy orgullosa de ti.

Mi niño me mira. Sus ojos, su mirada, hablan más de lo que su boca dice, y finalmente suelta:

—Gracias, preciosa. Te quiero.

«¡Ais, que lloro!

»Que me emociono.»

Y, como una presa a la que le abren las compuertas, mis ojos se desbordan y lloro, lloro de emoción. Aarón me abraza. Me mima. Me cuida. Y cuando consigo contener el berrinche de emociones que me hace sentir, el muy puñetero mira a su hermana, que se hace la holandesa wasapeando con su móvil, y canturrea:

—Ahora hay que ver las notas de Nereaaa...

La aludida mira a su hermano con resquemor.

«¡Wooooooooooooooooo, vaya mirada le acaba de echar!»

Aarón es mi amor, pero también un cabrito en toda regla, y cuando Nerea me mira, sin perder la sonrisa, la animo secándome las lágrimas:

—Vamos, cariño, enséñame las tuyas.

Ella se rasca la cabeza. Luego la frente. De ahí pasa al ojo, cuando acaba con el ojo se rasca la oreja y, después, el codo.

«¡Malo..., malo..., cuánto picor!»

Después se mueve lentamente. Tan lentamente que me está poniendo enferma, pero aguanto el tipo.

Aguanto consciente de que alguna le habrá quedado, y respiro hondo para intentar entenderlo. No ha sido un buen año para ella por nuestra separación.

Cuando por fin abre la mochila, saca un libro, de su interior saca un sobre, lo mira, me mira y, finalmente, murmura tendiéndomelo:

—Mamá..., te lo puedo explicar.

«Bueno..., ¡buenooooooooooooooooo!

»Sin abrirlas ya me las quiere explicar.

»¡Lagarto..., lagartooooooooo!»

Intentando no perder la sonrisa, cojo el sobre. Lo abro, saco las notas, despliego el papel y mi sonrisa se esfuma como el que no quiere la cosa.

*«Oh, my God! Oh, my Gooooddddd!»*

Pienso en inglés finamente porque, si lo hago en español, sonaría fatal.

Sin apenas moverme, desvío la mirada de las notas a mi hija. Mi preciosa y bailonga hija. Su gesto asustadizo me hace saber que espera una increíble reprimenda. Vamos, la que se merece.

¿O acaso cuando un niño suspende varias se merece una alabanza?

Con tiento trago, la angustia que siento.

*«¡Aymadrecitadelalmaquerida…!»*

Intento que la cabeza no me dé vueltas, que la espalda no se me arquee y, cuando consigo controlar eso, pregunto en un hilo de voz:

—¡¿Ocho?!

—Sí.

Suelto las notas sobre la encimera de la cocina y me agarro a ella.

«*Madredelamorhermosoypititoso,* creo que me va a dar algo.»

Bebo agua. La necesito. Sé que soy una dramas, pero la necesito, y cuando vuelvo a reaccionar de nuevo, la miro e insisto:

—¿Te han quedado ocho de once asignaturas que hay?

—¡Woooo, princesa, te has superado! —se mofa Aarón.

Molesta, irritada y al punto de echar espumarajos por la boca, miro a mi hijo y, cuando voy a decirle cuatro cositas de las mías, éste suelta:

—Vale, preciosa, me voy..., me voy.

Una vez desaparece de escena, siento que tiemblo, que respiro acelerada y que necesito una Coca-Cola bien fría. Mordiéndome el labio interior y llena de frustración por el puñetero papel de madre regañona que tengo que hacer, abro el frigorífico, cojo una lata, la abro y bebo a morro.

«¿Ocho?

»Dios santo, ¡le han quedado ocho!

»Ésta repite curso sí o sí. Es imposible aprobar... ¡Ocho!»

Una vez dejo la lata de Coca-Cola sobre la encimera, cierro la nevera.

La mala leche me infla como un globo. Estoy cabreada, mucho, y de pronto veo a *Torrija* salir de la cocina a toda leche. ¡Anda que no es lista!

Me doy la vuelta para soltar por mi boca lo que quizá no debo, y cuando voy a comenzar, Nerea, mi Nerea, llora en plan Macarena *espiazá* y suelta:

—Mamá, lo sé... Sé que estás muy descontenta conmigo, y te aseguro que asumiré el castigo que me impongas porque me lo merezco. Pero... estoy fatal. La separación de papá y tú... me... me..., y yo... yo no he... —Hipa. Nerea hipa con grandes lagrimones y prosigue—: Yo... yo quiero a papá, pero me doy cuenta de que él no me quiere, y yo... yo...

«Uf...»

Sus sentidas palabras y sus lágrimas me desinflan de golpe y, mirándola, murmuro:

—Nerea, cariño...

—Mamá..., papá ha faltado a muchas promesas este año. ¡Muchas! Y la última, hoy. Me prometió que vendría a vernos. ¡Nos lo prometió! Él... él dijo que este año no se perdería por nada del mundo la función de fin de curso porque era un año especial, y... y..., en lugar de eso, mira dónde estaba.

Con el cuerpo cortado por percibir el dolor de mi hija, miro la pantalla del móvil que ésta me enseña. Mi inteligente aunque cateadora hija, en busca de respuestas, se ha metido en el Facebook de su jodido padre y ha encontrado una foto que él ha publicado hace menos de una hora con sus amigotes en el bar, tomándose unas cervecitas.

«¡Joderrrrrrrrrrrrr, con las redes sociales!

»¡Y joderrrrr, con el puñetero Alfonso de los cojones!»

Perdón por la chabacanería que acabo de soltar, perdón..., perdón... Pero entiende que, en un momento así, me sale ésa y más.

Pienso. Mi mente va a mil.

«¿Qué digo?

»¿Cómo maquillo ese fallo de mi ex para que mi hija deje de sufrir?»

Con cariño, miro a mi niña y, olvidándome de los ocho suspensos, voy a hablar cuando ella gimotea:

—Lo siento..., lo siento, mamá. Me siento culpable de... de... todo. Perdóname por el disgusto de las notas. No te lo mereces... Lo siento...

No dice más. El llanto puede con ella.

Se derrumba y la abrazo. La mimo mientras me cago en cierto hombre que un día me enamoró y veo a *Torrija* entrar de nuevo en la cocina.

Pero ¿cómo puede ser tan imbécil?

¿Cómo no comprende que sus hijos pueden ver esa foto?

Vale. Estoy enfadada por las notas, pero ver sufrir a mi hija me rompe el corazón en mil cachitos, y, dejando las puñeteras notas sobre la encimera, beso su cabecita y murmuro:

—Ya está..., ya está, cariño.

Nerea llora..., llora y llora, y yo, que soy de lágrima fácil, y más con mis hijos, me uno al berrinche mientras siento que *Torrija* va a comenzar a llorar también.

Durante varios minutos, las dos lloramos abrazadas en la cocina. Está visto que no pasamos por nuestro mejor momento, y cuando me tranquilizo y finalmente consigo que ella se tranquilice también, con cariño, le limpio la cara con un trozo de papel de cocina, luego me la limpio yo y susurro:

—Cariño, por favor, no llores más.

—Mamá..., papá nunca va a volver, ¿verdad?

Con seguridad, niego con la cabeza.

Antes estaba enfadada con Alfonso por lo de Saneamientos López, pero eso se queda en nada si lo comparo con el mosqueo que tengo con él porque olvide las cosas importantes de nuestros hijos. Nada hay más importante, ni para él ni para mí, que los niños que decidimos traer a este mundo.

—Escucha, cariño —digo—. Como bien sabes, papá y yo nos hemos separado y en breve nos divorciaremos. Pero él siempre será tu padre, os quiere mucho a ti y a tus hermanos, aunque en ocasiones sus actos te hagan creer que no es así.

Nerea parpadea. Eso que he dicho creo que es lo más acertado, y continúo:

—Nuestro tiempo como pareja se acabó, mi amor, y sólo espero que la nueva etapa que vamos a comenzar tú, David, Aarón y yo poco a poco se ordene y todo vuelva a la normalidad.

Nerea parpadea de nuevo. Tiene los ojos como dos tomates de tanto llorar, y musita:

—Mamá..., soy un desastre.

Sus palabras, no sé por qué, me hacen sonreír, y con amor susurro:

—Pero eres mi bonito desastre, ese que no cambiaría por nada del mundo, y te quiero. Te quiero muchísimo, mi vida.

Eso hace que Nerea vuelva a llorar mientras yo la abrazo, y cuando minutos después deja de hacerlo, la miro y murmuro:

—En cuanto a las notas, sabes que lo tienes complicado para pasar de curso, ¿verdad?

Nerea asiente. De tonta tiene lo que yo de monja de clausura, y dice:

—Sé que es complicado, mamá. Pero por ti, y sólo por ti, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para intentar no repetir curso. Asumiré todos los castigos que me impongas porque me los merezco —dice entregándome su preciado móvil sin yo pedírselo.

Eso me emociona y, con cariño, la beso. ¿Qué voy a hacer?

Mi hija sufre por nuestra separación y por el idiota de su padre, y lo que menos me importa son las notas, ni los castigos, ni las leches en vinagre y, necesitada de unos minutos para tranquilizarme por lo vivido, murmuro:

—Quédate con el móvil y ve con tus hermanos. Hablaremos de ello otro día, ¿vale?

Nerea por fin sonríe. ¡Por fin! Y antes de moverse murmura:

—Mamá, eres la persona más importante de mi vida. Siempre estás a mi lado y nunca me fallas, aunque yo no me porte bien contigo. Te quiero. Te quiero con toda mi alma.

«Ay, que lloro...

»¡Ay, que lloriqueo!»

Eso que me ha dicho mi hija me llena de orgullo y satisfacción.

¿A qué madre no la haría llorar oír algo así?

No obstante, intento sonreír mientras trago el nudo de emociones que sube y baja en mi garganta, le doy un beso en la cabeza a mi niña y digo:

—Yo también te quiero, mi amor. Anda, ve con tus hermanos.

Al salir de la cocina, la sigo con la mirada y, cuando veo que se sienta con sus hermanos, me doy la vuelta y me llevo la mano al pecho para respirar... Respiro y respiro. ¡No debo llorar!

Bebo un trago de mi Coca-Cola. Estoy sedienta.

Está claro que todo lo que haga a partir de ahora afectará a lo que más quiero en el mundo, que son mis hijos, y, enfadada con mi ex, una vez recupero las fuerzas, cojo mi móvil, abro el WhatsApp y le envío un mensaje de voz en el que siseo dispuesta a todo:

—Mira, imbécil. Aunque mis hijos no tengan un padre responsable, tienen una madre todoterreno dispuesta a hacerlos felices. A partir de ahora no prometas a los niños lo que no vayas a cumplir, porque lo único que consigues es destrozar sus ilusiones y romperles el corazón. ¡Gilipollas!

Dicho esto, cierro mi móvil y siento el hocico húmedo de *Torrija*, que da en mi mano. La miro, me mira, y en sus ojos leo su aprobación por lo que acabo de hacer.

«Dios, qué a gustito me he quedado.»

Y, pintándome una sonrisa en los labios y acompañada por mi mejor amiga perruna, me voy al salón con mis hijos y me pongo a jugar a la Play con ellos.

# Soy del Club

Tras lo ocurrido entre Alfonso y los niños, el idiota se presenta al día siguiente en casa cargado de regalos, arrepentimientos y buenas palabras, y aunque mis instintos asesinos afloran cada vez que lo miro a la cara, me retengo por los niños. Siempre por mis niños.

Alfonso se los lleva a comer como un extra al burguer. Algo que para él es pecado total, pero, mira, me alegra que entienda que con sus hijos ha de pecar, le guste a él o no.

Cuando regresan a casa por la tarde, David, que no se entera de nada, es feliz, Aarón también sonríe, y noto que Nerea está más tranquila.

Eso me gusta, ¡me gusta mucho!

Dependo de la felicidad de mis niños para poder ser yo feliz.

Esa tarde hemos ido a la piscina de la urbanización de mis padres.

Aquí tienen más amiguitos que en la nuestra, y mientras estoy con mi amiga Soraya tomando el sol, ésta pregunta:

—¿Qué planes de vacaciones tienes?

La miro. Ni lo he pensado.

Por norma, Alfonso y yo solíamos irnos a Matalascañas, en Huelva. Allí tenemos unos amigos que siempre nos alquilaban un bonito dúplex y solíamos pasarlo muy bien. Pero, consciente de que no he pensado en nada, respondo:

—Si te soy sincera, no lo sé. Es más, creo que este año no iremos de vacaciones. Tengo que arreglar muchas cosas con lo de la separación, buscar trabajo y, bueno..., el dinero no me sobra tampoco.

Soraya sonríe y murmura guiñándome el ojo:

—Sobrevivirás. Al principio es duro. Pero una vez todo se asiente, comenzarás a darte cuenta de que en ocasiones más vale estar sola que mal acompañada.

Asiento. No lo dudo. El problema es que llevo toda mi vida con mi ex, veranos con él, Navidades con él, cumpleaños y aniversarios con él, y por primera vez en mi vida ¡estoy sola y soy la cabeza de mi familia!

Pensarlo me marea, y Soraya, que ya ha pasado por este trance, se sienta en la toalla y pregunta:

—¿Puedo ser cabrona e indiscreta?

«Bueno..., bueno..., miedito me da.» Y, cuando asiento, ella pregunta:

—¿Te has acostado con alguien después de Rapunzel?

Sonrío, no lo puedo evitar, y, tomando aire, respondo:

—Si acostarse con alguien es tener *overbooking* en mi cama con tres niños y una perra, ¡sí! Pero como imagino que lo que preguntas es otra cosa, he de confesar que no, con el matiz de que disfruto de *Simeone* y le he cambiado un par de veces las pilas.

—¿Hablas de tu vibrador?

—Chiiissss, ¡baja la voz!

Soraya sonríe y cuchichea:

—Vale. Yo también tengo en mi mesilla a *Vin Diesel* y a *Dwayne Johnson*. ¡Los calvos me ponen!

—¿Dos? —pregunto sorprendida.

Mi loca Soraya asiente.

—¡Dos mejor que uno!

Ambas reímos. Sin duda no somos las únicas que tenemos a semejantes máquinas en el cajón de nuestras mesillas, e insiste:

—Pero no, no me refiero a eso; me refiero a alguien de carne y hueso.

—No. Eso no —niego tajante—. Sinceramente, con todo lo que he tenido que hacer y aprender para seguir adelante sin Rapunzel, en lo último que he pensando ha sido en eso.

Ambas nos quedamos calladas y miro a mi pequeño David. Juega con un amiguito en el césped, e indico:

—Creo que, con lo que me ha ocurrido, les he cogido manía a los tíos.

—Tranquila..., todo pasa.

Suspiro. No sé si pasará o no, sinceramente no me importa, cuando Soraya indica:

—Mira, cariño, sé que el momento por el que estás pasando no es fácil, tu vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. Pero has de hacer ciertas cosas que te hagan sentir la dueña y señora de tu vida, de tu cuerpo y de tu tiempo.

—¿Qué cosas?

Mi amiga sonríe. «La madre que la parió, ¿qué irá a decirme?»

—Lo primero, recuperar tu apellido y dejar de ser la señora de... Tú eres tuya y de nadie más. Y si alguien te llama, que lo haga por tu apellido, no por el del jodido de tu ex.

—Lo haré —afirmo con convicción.

—Dicho esto, ahora debes dejar de pensar en lo que ha pasado. Ahora es momento de volver a ser tú, preocuparte por ti y los niños y tirar para adelante.

—Vale.

—Otro consejo es que, si tienes alguna cuenta en el banco con él, la cierres y abras nuevas a tu nombre.

—Eso... ya lo he pensado —afirmo—. Incluso cambiaré los contratos del gas, el teléfono. No quiero que llegue ninguna carta a su nombre.

—¡Genial! —afirma Soraya y, encendiéndose un cigarrillo, indica—: Otra cosa y muy importante es que tienes que comenzar a viajar sola y con los niños. Ahora sois cuatro y no cinco, y eso no debe privaros de pasarlo bien y disfrutar de vuestro tiempo libre.

—Tomo nota.

—¡Haz locuras!

—¿Locuras?

—Sí, amorcete. Llevas toda la vida con el mismo tío. Necesitas locura y movimiento para darte cuenta de lo bonita que puede ser la vida. Nada se acaba tras un divorcio. ¡Hazte un tatuaje o ponte el pelo azul!

La miro sin dar crédito y pregunto:

—¿Te has vuelto loca?

Soraya sonríe.

—No. No me he vuelto loca. Sólo digo que decidas por ti, que vivas la vida, que te permitas avanzar y conocerte a ti misma de nuevo. Que disfrutes del sexo como nunca lo has disfrutado y...

—Soraya —la corto—, no sé si quiero seguir escuchándote.

Ambas reímos por mi comentario, cuando ella cuchichea:

—Vente conmigo y con mis amigas el sábado de fiesta.

No contesto.

Sé que ella sale con unas amigas algo alocadas, divorciadas como ella, y, sonriendo, finalmente digo:

—No sé si estoy preparada.

—Lo estás. Créeme.

—Miedito me dais.

—Lo sé. —Sonríe con gesto pícaro—. Pero vente. Lo pasarás bien.

—¿Y los niños?

—Tira de tus padres. Ellos estarán encantados de quedarse con ellos, ¿acaso lo dudas?

No. No lo dudo. Sé que tengo los mejores padres del mundo, y afirmo:

—Lo pensaré.

—No. No lo pensarás, ¡te vendrás!

Suspiro y, deseosa de decidir por mí misma, como me acaba de decir, insisto:

—Lo pensaré.

Soraya sonríe, se levanta y, sin más, dice:

—Valeeeeeeeeeeeee. Voy a darme un chapuzón.

Una vez se tira a la piscina y comienza a nadar, sonrío.

Sé que Soraya me da los consejos con amor, aunque me parezcan un poco locos. Pero, si lo pienso con detenimiento, no me está diciendo nada que yo misma no sepa, aunque de momento no lo haga.

Inconscientemente, miro a Nerea, que está con la hija de Soraya al otro lado de la piscina, hablando de sus cosas; a Aarón, que se tira en bomba al agua, y a David, que juega en el césped.

Para mis niños siempre he sido una madre a tiempo completo. Nunca los he dejado, a excepción de las veces que he salido con Alfonso de cena o por nuestro aniversario. Es más, creo que podría contar con los dedos de una mano las veces que he pasado una noche alejada de ellos.

Siempre he sido una madre de esas que saben lo que hacen y dónde están sus hijos. Conozco sus horarios, sus extraescolares, su comida preferida, sus amigos del alma, sus dibujos odiados, sus miradas asustadas o sus risas contenidas.

¡Lo conozco todo!

Y quizá Soraya tenga razón y ahora deba comenzar a conocerme a mí misma.

Estoy sumergida en mis pensamientos cuando Soraya regresa y, sentándose empapada a mi lado, insiste:

—Controla tu vida. Ahora puedes hacer lo que quieras con tu tiempo libre, sin rendirle cuentas a nadie. Vale..., los niños forman parte de ti y de tu tiempo, pero cuando ellos no estén, porque estén con su padre, disfruta de esos momentos que antes no tenías y haz lo que te apetezca. ¡Se egoísta contigo misma!

Con una sonrisa, la miro cuando de pronto alguien se tira a la piscina y nos empapa.

Al mirar, veo que se trata de Maya y, antes de que yo diga nada, Soraya cuchichea:

—Uis..., la niña Repu. Veamos a quién ataca hoy...

Voy a reírme por su comentario cuando veo aparecer al fondo a su padre. A su guapo, alto y fornido padre, llamado Diego, que, según mi madre, tiene a las mujeres de la urbanización en llamas.

Y si digo eso de «en llamas» es porque hasta mi madre, hace un par de noches, me confesó al verlo: «Hija..., si me pilla con menos años..., uy..., uy...».

Pensar eso me hace sonreír.

«¡Mamáááááááá!»

Aunque recordar el momento en el que Diego me besó en el cuello ante mi ex, en el hospital, el día de lo de Aarón, consigue que todo el vello de mi cuerpo serrano se erice. Sin duda, ése será uno de los momentazos de mi nueva vida.

Pensando en ello estoy cuando oigo que Soraya dice:

—Porque ni me mira ni tengo posibilidades, porque, si no, te juro que ¡me lo tiraba!

—¡Soraya! —protesto mirándola. ¡Será bruta!

Diego, padre de Maya, alias *la Repu* o *la Destroyer*, camina en dirección a nosotras cuando mi amiga insiste:

—Ni Soraya ni leches, pero ¿es que no ves cómo está el tío? Madre mía, qué cuerpo, qué muslos y... y... qué bien le queda ese bañadorrrrrrrrrrrrrrr.

Lo miro. Claro que veo cómo está aquél.

Sin duda Diego tiene un cuerpo para pecar, ¡pecar mucho!, y afirmo:

—Lo veo..., ciega no soy. Pero calla o te va a oír.

Tras quitarse a algunas vecinas de encima en su camino, Diego se acerca a nosotras con una sonrisa que hace que mi bajo vientre tiemble y, mirándonos, pregunta sorprendiéndome:

—¿Puedo sentarme con vosotras?

«Wooooooo..., ¿y eso?»

Encantada, asiento..., asiento... y asiento, mientras Soraya mira a las vecinas, que nos observan con resquemor, y dice:

—No preguntes y siéntate. ¡Eres del club!

Diego deja caer su toalla a mi lado.

«Uf..., ¡el calor que me entra!»

Al sentarse, roza su fibrado cuerpo con el mío y, tras mirarme y yo sentir que me deshago por dentro, pregunta a Soraya divertido:

—¿De qué club soy?

Ella se mueve con coquetería y la muy lagartona responde con un mohín cargado de sensualidad:

—Del club de los divorciados.

—Yo no estoy divorciada —sale de mi boca.

Mi amiga me mira. Me acuchilla con la mirada y, al entenderla, afirmo:

—Aunque, bueno, dentro de un poco lo estaré.

Diego sonríe, asiente con la cabeza y matiza:

—En vuestro caso, no sé, pero en el mío soy de los divorciados sin ánimo de volver a tener pareja. Eso sí, amigas, ¡todas las que quieras!

Sonrío, él sonríe y Soraya cuchichea consciente de que las vecinas cotillean:

—Diego, ¡sigues siendo de mi club!

De nuevo, todos sonreímos.

«¡Vivan las sonrisas!»

De pronto, Maya, la hija de aquél, sale de la piscina y, lloriqueando, dice dirigiéndose a su padre:

—Ese niño no quiere jugar conmigooooooooo.

Ese niño... es mi hijo Aarón, y cuando voy a decir algo, Diego murmura poniéndole las gafas amarillitas a la niña:

—Chiquitina, Aarón es mayor que tú y...

—Pero yo quiero que juegue conmigooooooooo —lloriquea aquélla como un trol.

Diego nos mira, Soraya y yo suspiramos y, finalmente, éste dice señalando a David, que está en el césped:

—Ve con David, él seguro que quiere jugar contigo.

«Uf..., no sé..., no sé...»

A mi David esa niña no le cae muy bien, pero no digo nada. Que él decida.

Tras asentir, ella se dirige hacia David y el otro niño, que juegan tranquilos, pero a los dos segundos regresa llorando:

—Nooooooooo quierennnnnnnnnn jugarrrrrrrrrrrrrrrr...

«Ay, pobre..., cuando abre la boca así, me recuerda a Mafalda.»

Soraya y yo nos miramos y, sin poder evitarlo, sonreímos.

«¡Vaya cruz que tiene el guaperas con el coñazo de niña llorona!»

Durante cinco minutos, Diego trata de calmarla de todas las maneras que se le ocurren, pero la chiquilla no es que llore, sino que berrea, y con *muuuu* mala leche.

Con toda su paciencia, Diego habla con ella en un tono de voz cariñoso, afable, conciliador, pero la niña, erre que erre, ¡no para de berrear como un trol!

Al final, mi nivel de aguante se acaba, no puedo más y, cogiendo la mano de Maya, hago que me mire y le pregunto:

—¿Quieres un zumo, cariño?

La niña milagrosamente deja de berrear. ¡Aleluya! Y yo, abriendo mi bolsa térmica, pregunto:

—¿Lo quieres de melocotón, uva o piña?

—Melocotón.

Con premura, saco el zumo, abro la pajita, se la pincho en el brik y se lo doy. La niña lo coge sin darme las gracias y comienza a beber, momento en el que Diego dice mirándola:

—Chiquitina, ¿qué se dice?

La chiquitina, cuando le sale del moño, por no decir algo más ordinario, finalmente se saca la pajita de la boca y, mirándome, dice:

—Gracias.

De pronto le suena el teléfono a Diego y, tras hablar unos segundos, se levanta y dice mirando a su hija:

—Chiquitina, vamos a casa. Tengo que enviar un e-mail y, en cuanto lo haga, regresamos.

—¡Jooooooooo, no quiero irrrrr!

—Maya, por favor —insiste apurado—. Vamos. Prometo que regresaremos a la piscina en cuanto termine.

—¡No es no! —grita la mocosa.

«Bueno..., bueno..., bueno..., ¡menuda es la *Chiquitina*!»

Durante un buen rato, el hombre que ha conseguido que mi bajo vientre se contraiga con su cautivadora mirada intenta convencer a su hija, pero ésta no se baja del burro. Es cabezota como

ella sola, y vuelvo a ser consciente de que a la Chiquitina le hace falta un poquito de mano dura.

—Por favor, ahora regresamos —insiste Diego.

—¡He dicho que no, tonto!

«¿Tonto? ¿Esa mocosa ha llamado tonto a su padre?

»Bueno..., bueno..., bueno...»

Si a alguno de mis hijos se le ocurre llamarme tonta o contestarme con la mala leche con que está contestando esa cría delante de la gente, ¡se entera!

Soraya y yo disimulamos, sin duda pensamos lo mismo de lo que estamos presenciando y, al final, al ver el apuro en la cara de Diego, digo sin saber por qué:

—Ve y haz lo que tengas que hacer. Yo le echaré un ojo a Maya hasta que tú regreses.

Me mira. Clava sus inquietantes ojos azules en mí.

«Uissss..., que me vuelvo a poner nerviosa.»

Sabe que su hija es un auténtico petardo de niña, e insiste:

—¿Seguro?

Pobre, me da penita. Cada uno llevamos nuestra cruz, y con una sonrisa asiento:

—Seguro. ¡Ve!

Dos segundos después, Diego se aleja a toda prisa hacia su casa y Soraya indica:

—Buena jugada.

Sorprendida, la miro. ¿Jugada?

Después miro a Maya, que me observa con cara de querer descuartirzarme cachito a cachito, cuando mi amiga cuchichea:

—Qué rápido aprendes, so perraca. ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí antes?

La miro boquiabierta, no sé de qué habla, cuando, suspirando como la Dama de las Camelias, sigue con la mirada a Diego y murmura:

—Ahora entiendo esa frase que dice: «Odio ver cómo te vas, pero me encanta mirarte el trasero cuando lo haces».

—¡Soraya! —regaño riéndome al ser consciente de que Maya la ha oído.

Mi amiga sonríe. Le importa un pepino lo que la niña pueda oír y, guiñándome el ojo, dice mientras se tumba en la toalla:

—Un orgasmo al día es la clave de la alegría.

Me río.

Me troncho. No lo puedo remediar, y, cuando dejo de reírme, miro a Maya, doy unas palmaditas en la toalla de su padre, que está a mi lado, y la invito a sentarse.

La niña lo hace obedientemente. ¡Qué mona! Y, mirándome, dice tirando el brik del zumo acabado al suelo:

—Dame otro.

Sorprendida, parpadeo. «¡Adiós, niña mona!»

Después, miro el brik de zumo vacío e indico:

—Primero, coge el que has tirado, lo llevas a la papelera y, cuando regreses, te doy otro.

—He dicho que me des otro —insiste.

Soraya se incorpora de la toalla, nos miramos y cuchichea:

—Es para llamarla Repu en toda su cara.

Asiento. Sin duda tiene razón, cuando veo que Maya coge mi bolsa térmica y, agarrándolo, pregunto:

—¿Qué haces?

—Quiero otro zumo.

De un tirón, le arranco la bolsa de las manos.

«Pero ¿esta mocosa de qué va?»

Y, mirándola fijamente, digo con determinación:

—Te daré otro zumo cuando tires el anterior a la papelera.

La jodida Chiquitina lo piensa y medita. Al final, se levanta —«¡Bien!»—, coge el brik vacío del suelo de malos modos y lo tira a la papelera.

«¡Muy bien, Maya!»

Hecho eso, se pone frente a mí y exige:

—Dame el zumo.

Su manera de mirarme y su exigencia me joroban.

¿Cómo una niña tan pequeña puede ser tan maleducada?

—Mira, o me voy al agua o juro que ahogo a alguien —afirma Soraya levantándose y yendo hacia la piscina.

Maya y yo nos quedamos solas. No dejamos de mirarnos. A mí esta mocosa no me achanta y, segura de mí misma, digo:

—Si quieres otro zumo, me lo tendrás que pedir por favor.

Maya sonríe. Yo también.

No dice nada y se tumba a mi lado en la toalla de su padre.

Permanecemos en silencio durante un rato y, finalmente, cuando Soraya regresa, suelto la bolsa térmica y me tumbo para seguir tomando el sol.

«¡Qué gustito!»

La niña parece haberse tranquilizado, y si quiere estar tumbada a mi lado, que lo esté.

—Mamá..., mamáááááááááááá.

Al oír la voz de Aarón, rápidamente me incorporo. «Pero ¿es que no me pueden dar un segundo de paz?» Y, al ver mi bolsa térmica flotando en la piscina, voy a decir algo cuando Aarón la coge y grita:

—Esa niñata la ha tirado.

Boquiabierta por la mala baba de la *jodía* Chiquitina, la miro y pregunto:

—¿Por qué lo has hecho?

Con una sonrisa que no me gusta nada, Maya se levanta y, alejándose de mí a la carrera, responde:

—Porque eres tonta y mala.

«¡Joderrr, con la niña!»

—La madre que la parió —susurra Soraya.

Al ver que sale de la zona de la piscina, me levanto y corro tras ella. Le he dicho a su padre que la cuidaría y no puedo permitir que se me despiste. Acelero el paso. La niña se mete en el interior de unos jardines, y para allá que voy yo.

Sin embargo, llevo los pies mojados por haber pisado el agua de la piscina y, al entrar en un jardín solado, me escurro y me doy el batacazo del siglo.

«¡Joder, qué golpe!»

Como una idiota, y casi sin respiración, me quedo despanzurrada en el suelo mientras me acuerdo de todos los antepasados de la puñetera niña.

En ese instante aparece Diego por la puerta de la terraza con gesto contrariado, y me doy cuenta de que estoy en su jardín.

«¡Joderrrrrrrrrrr!»

El pobre, al verme en el suelo, corre hacia mí y pregunta preocupado:

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

Me duele la rabadilla del culo.

«¡Ay..., ay..., ay!»

El leñazo que me he dado es tremendo, pero, levantándome con el poco orgullo que me queda, le quito importancia al tema y murmuro en un hilo de voz:

—*Trquilo. E... toy beeen*.

Diego, que creo que no me ha entendido, me sienta en un sillón de ratán que tiene en su jardincito.

«¡Diosssssssss, mi culooooooooo!

»Me duele..., me duele la rabadilla...

»¿Y si me la he roto?»

Apurado, Diego dice algo que no alcanzo a entender por el dolor que siento y desaparece tras las puertas de la terraza.

«Ay..., ay..., ay..., ¡qué dolorrr!»

Cuando me estoy tocando con la mano el trasero aparece por la puerta de la terraza Maya, bebiéndose tranquilamente un zumo.

«¡Será cabrona!»

Nos miramos.

¡Cabrona es poco, aunque sea una niña!

Ella vuelve a sonreír; esta vez, yo no. Nos entendemos sin hablar, cuando Diego aparece con una jarra de agua y un vaso y dice:

—Bebe. Te sentará bien.

Le acepto el agua.

«¡Aisssss, mi culooooooooooo!»

Y, cuando consigo poder hablar con normalidad sin parecer checoslovaca, murmuro:

—Gracias.

Diego sonríe. Me retira hacia un lado el pelo que tengo en la cara y susurra:

—Creo que te va a salir un buen moratón en cierto sitio.

Asiento.

Me pongo roja como un tomate porque sabe dónde me duele y, levantándome como una abuelilla, digo:

—Sólo... sólo venía para saber que Maya regresaba a tu casa.

La jodida Repuchiquitina me mira con una sonrisita maléfica.

Si es que es para darle dos collejas, luego otras dos y, de regalo, seis más, pero, incapaz de decirle a su padre que su niña es la puñetera reencarnación del demonio pero con gafitas amarillas, me callo y me muerdo la lengua.

«¡Maldita niña diabólica!»

Varias vecinas se asoman al jardín, entre ellas la Clinton, la mujer del presidente de la comunidad. Nos observan con curiosidad, y murmuro:

—Creo que vamos a ser la comidilla de la urbanización los próximos días.

Diego sonríe —«por Dios, ¡qué sonrisa más sexy!»— y, encogiéndose de hombros, responde:

—Así no se aburren.

Su contestación me hace reír.

«¡Qué mono es!»

Pero, uis..., me mira..., clava sus bonitos ojos azules en mí y me pongo nerviosa. ¡Muy nerviosa!

En silencio, nos miramos cuando de pronto soy consciente de que voy en bikini y mi trasero no es lo más bonito de mí.

«¡Joder..., pero si parece que me lo han perdigoneado!

»¿Qué puedo hacer para que no lo mire cuando me dé la vuelta?

»¿Cómo me las ingenio para que no se fije en él cuando me aleje?»

Con una sonrisita, que sin duda se parece a la de mi hijo Aarón, cuando está actuando sin saber, comienzo a caminar hacia la salida sin darle la espalda.

Seguro que está flipando con lo que hago, y digo levantando la mano:

—Pues me voy. Regreso a la piscina.

Él asiente, cuando de pronto las *vecicotillas* que nos observaban salen despavoridas y Diego, sin entender por qué ando para atrás como los cangrejos, se acerca a mí y pregunta cogiéndome del brazo:

—¿Seguro que estás bien?

«Uy..., uy..., que me ha cogido del brazo.

»Por Dios..., por Dios, ¡que me está tocando y yo estoy *muuu* necesitada!»

Me entran los calores de la muerte.

*«Ofú..., ofú...»*

Disimulo lo que su simple contacto me hace sentir y afirmo suspirando:

—Sí.

—Oye —insiste sin soltarme—. Entra en casa, siéntate y...

—Nooooo —lo corto con el corazón a punto de salírseme por la boca—. No quiero darle más carnaza a la Clinton y compañía. Además, tengo que regresar con mis hijos, están en la piscina y tengo que vigilarlos.

Me mira.

«Uf, cómo me mira... ¡Ay, madre, que ardo en llamas!»

—Te sigo en Facebook —suelta de pronto.

Incrédula porque me haya buscado y encontrado en la red social, suelto sintiéndome la tía más tonta del mundo:

—Ah, qué bien, ¡somos *amiguis*!

*¡¿Amiguis?!*

¡¿He dicho *amiguis*?!

Ambos sonreímos, y él indica bajando la voz:

—Escucha, Estefanía, si alguna vez te apetece quedar a tomar un café, cenar o lo que quieras, sólo tienes que decírmelo.

«¡Wooooooooooooo..., lo que me ha dicho!

»¿Y me sigue en Facebook? Mañana mismo actualizo mi perfil.»

—Vale —asiento con la boca seca.

A continuación, Diego baja la barbilla y pregunta:

—¿Te apetece quedar mañana para cenar?

«¡¿Quéééééééééééé?!

»Ay, madre, ¡que yo estoy *muuu* desentrenada en esto!»

Que yo me quedé cuando se ligaba preguntando aquello de «¿Tienes fuego?» o aquello otro de «Te conozco, pero no sé de qué».

Y, cuando veo que espera contestación, me apresuro a responder:

—Uf, imposible. Tengo mucho lío con los niños.

Él asiente, no insiste, y cuando me suelta el brazo, huyo. ¡Quiero desaparecer! Realmente no sé lo que hago, cuando le oigo decir:

—Gracias por preocuparte por Maya.

Asiento.

El pobre no tiene la culpa de que su niña sea un demonio con gafas amarillas ni de que yo esté desentrenada en ligoteos, y a toda prisa, y sin importarme que vea mi culo perdigoneado, me alejo de él, entro en la zona de la piscina y, al llegar, murmuro mirando a mi amiga antes de que me ella pregunte:

—La niña es ¡*pa'* matarla!

Soraya se ríe. Yo también, y me callo la invitación. Mejor ni mencionarla.

## Pero ¡qué mona estoy!

El golpazo en mi trasero, a pesar de pasar por varios tonos no muy de moda, mejora y deja de doler.

No le cuento a nadie, excepto a *Torrija*, la proposición de Diego, pero cambio mi fotografía de perfil de Facebook. Hago que mi hija Nerea me haga mil fotos con el móvil y, cuando encuentro una en la que estoy digna y sin morritos, como quería Nerea, la subo y me quedo más tranquila.

Al final, y por dejar de escuchar a Soraya, me animo y decido salir el sábado con ella y sus amigas.

Eso de volver a estar en el mercado, como dice ella, ¡me pone nerviosa!

Esa mañana, según salgo de la ducha, y el vaho desaparece poco a poco del cristal de mi baño, acercó mi cara a él y... «Uf..., ¡qué de impurezas tengo en la piel! Pero ¿cómo no las he visto antes?»

Sin dudarlo, cojo papel del váter, lo enrollo en mis dedos y comienzo apretar la aleta derecha de mi nariz como si no hubiera un mañana.

«Madre mía..., madre mía, ¡lo que sale de ahí!»

Hace siglos que no me hago una limpieza de cutis..., ¡no tengo tiempo! Sin embargo, una vez acabo de apretujarme la cara y dejármela como un cristo, prometo sacar tiempo de donde sea para ir a la esteticista. Sin duda ella lo hará mejor que yo.

Por cierto, en mi baño sigue viviendo doña Báscula. Ese aparatito que nos empeñamos en comprar y al que le tenemos más miedo que al recibo de la calefacción.

Doña Báscula y yo nos miramos, nos tentamos y, finalmente, caigo en su influjo.

Atraída por ella como un imán, la cojo, la pongo delante de mí y, quitándome el albornoz y la toalla del baño del pelo, decido subirme a ella, pero cuando lo voy a hacer, me doy cuenta de que llevo puesto un anillo que me regalaron mis hijos, y me lo quito.

Siete gramos menos ¡son siete gramos!

Como siempre que me subo, suspiro y cierro los ojos. No sé por qué lo hago, pero el caso es que es mi ritual.

Durante unos segundos miro al techo, no sé exactamente qué, hasta que decido bajar la mirada con cierto resquemor al suelo para leer lo que marca doña Báscula, ¡y flipo!

¡71,400!

Boquiabierta, miro lo que pone y una sonrisita se dibuja en mi boca.

«Uy..., uy..., que eso me da el alegrón del año.»

Muy pichi yo, me bajo de la báscula para volver a pesarme, siempre lo hago y...

¡71,400!

Emocionada, alterada, impresionada y sobreexcitada, me vuelvo a bajar y me vuelvo a subir.

¡71,400!

«¡Ay, Dios..., ay, Dios!»

Pero que he perdido como seis kilazos ¡y no me había enterado!

Miro a doña Báscula, emocionada. Creo que volvemos a ser amigas aunque no tenga Facebook, y en vez de retirarla de una patada, la pongo en su sitio con amor y suavidad.

«¡Ea, cariñito..., quédate aquí!»

Contenta y segura de mí misma por haber perdido eso kililos, me miro en el espejo.

«¡Joder..., qué subidón tengo!»

Mis pechines, a los que yo cariñosamente llamo *Jander* y *Clander*, como siempre, están estupendos. Reconozco que son mi mayor orgullo. Eso de que hayan aguantado tres embarazos sin que la gravedad les afectara es como poco para hacerles un monumento.

«¡Vivan *Jander* y *Clander*!»

Rápidamente hago un Pataky y me miro el trasero.

«Uf..., uf..., uf..., éste sigue perdigoneado...»

Sin embargo, decido olvidarme de él porque de momento nadie me lo va a ver. Vuelvo a mirarme al espejo y murmuro levantando la barbilla:

—¡Ole tú!

Según digo eso, sonrío.

Soy como Juan Palomo: yo me lo guiso y yo me lo como.

Si no me digo yo esas cosas, ¿quién me las va a decir?

Desnuda frente a mi espejo, y segura de mí misma simplemente por haber bajado de peso, sonrío y digo señalando con el dedo mi reflejo:

—Estefanía, pongamos varias cosas en claro. Punto uno, valórate como mujer porque tú lo vales. Punto dos, no permitas que nadie vuelva a manipularte. Y punto tres, disfruta de tu separación y no te amargues.

Consciente de que eso he de cumplirlo sí o sí, me guiño un ojo a mí misma cuando de pronto me fijo en las raíces de mi pelo y...

«¡Gualaaaaaaaaaaaa!»

¡Necesito ir a la peluquería urgentemente!

Por Dios, por Dios..., ¡qué raíces oscuras tengo!

Aunque, bueno, ahora, con lo modernos que nos hemos vuelto, creo que llevar el pelo así se dice llevar mechas californianas.

¿Y si las he puesto yo de moda y no lo sé?

Sonriendo estoy por mis idas de olla ante el espejo cuando vuelvo a mirarme. Esa mujer soy yo. Creo que dejé de mirarme cuando nació Nerea y, de pronto, aquí estoy, con muchos años más, varios kilos de más a pesar de los perdidos, arrugas que ni conocía y el trasero perdigoneado.

Pero ¿por qué deje de cuidarme?

¿Por qué deje de mirarme?

¿Por qué me abandoné?

La respuesta rápidamente llega a mis oídos al oír a mis hijos gritar como posesos en sus habitaciones.

Yo, que era una fiestera. Una chica con muchos amigos y una vida social divertida. ¿Dónde dejé todo eso?

Si miro hacia atrás, los recuerdos me invaden.

Recuerdos alegres, tristes, divertidos, desesperantes, y aunque creo que repetiría mi vida por tener los hijos que tengo, soy consciente de que trataría de repetirla pero sin perderme yo por el camino, y menos aún entregarme tanto al idiota de mi ex.

Cuando salgo del baño suena el timbre de la puerta.

*Torrija* comienza a ladrar como una loca.

Rápidamente, Aarón va a abrir y lo oigo decir:

—¡Es el abuelo!

David y yo, puesto que Nerea no está, corremos en su busca y, tras darle un besazo a aquel hombre que sigue a mi lado y me quiere con locura desde el día que nací, voy a hablar cuando dice acariciando la cabeza de *Torrija*:

—Tu madre y tu hermana te esperan en el coche. Vamos, vístete y sal.

—¿Qué pasa? —pregunto preocupada.

Mi padre sonríe y cuchichea meneando la cabeza:

—No pasa nada, cariño. Pero se van de compras y, como saben que a mí no me gusta, me mandan a cuidar a los niños para que tú te vayas con ellas.

Sorprendida, lo miro y afirmo corriendo hacia mi habitación:

—¡Tardo dos minutos!

Con el pelo empapado, me pongo unos vaqueros, una camiseta, unas sandalias azules y, tras coger el bolso, digo al pasar por el comedor, donde mi padre está con mis dos hijos:

—¡Portaos biennnnnnnnn!

Cuando llego al coche, donde están mi madre y mi hermana, mi madre me mira y dice:

—Por el amor de Dios, E, ¿y esa camiseta?

Al mirar la camiseta que me he puesto, sonrío, en mis prisas me he puesto una en la que pone: ¡ESTOS PLATOS NO SE VAN A LAVAR SOLOS!

Me la regalaron los niños el año anterior para el día de la madre, porque dicen que esa frase, junto a «Se enfría la comida» o aquella de «Soy tu madre y harás lo que yo diga», suelo utilizarla mucho, y cuchicheo:

—Me la regalaron los niños.

Sin más, me meto en el coche y, al ver a mi hermana, que va vestida con un traje de chaqueta elegante y monísimo, indico:

—Mamá, Blanca es Blanca, y yo soy yo. ¿Acaso pretendes que vaya con traje por casa?

Mi madre resopla, sonríe e indica:

—Arranca, B. He de comprarle a E camisetas sexis en Primark.

—¡Mamáááááááááá! —protesto.

Mi hermana sonríe, me mira por el espejo retrovisor y comenta:

—Vale, mamá. Tu encárgate del exterior, que yo lo haré del interior.

Eso me hace reír.

Sin duda que yo salga por primera vez esa noche como mujer separada las inquieta tanto como a mí, y, repanchingándome en el asiento trasero del coche, musito:

—Acepto regalos, ¡claro que sí!

Esa tarde, cuando regreso a casa, voy cargada con mil bolsas en las que única y exclusivamente hay cosas para mí.

¿Desde cuándo llevaba sin ocurrir eso?

Por norma, siempre que salgo de compras compro para todos menos para mí. Pero hoy mi hermana y mi madre no me han dejado mirar otras cosas que no fueran de mi talla, y al final la

cosa ha fluido.

Me he permitido comprar ropa nueva, mi madre me ha regalado cosas y mi hermana también, y me siento como una niña con zapatos nuevos.

¡Vivan las compras!

# Ardo en llamas

Llega la noche y estoy atacada.

¿Haré bien saliendo con Soraya y sus amigas?

Me siento como mis hijos cuando tienen un cumple por lo alterada que estoy.

*Torrija* me mira. Con sus ojitos me dice que me tranquilice, pero yo no puedo.

¿No será precipitada esta salida?

Tras hablarlo con mis niños, están de acuerdo en que me vaya de cena y a tomar una copa con las amigas mientras ellos se quedan en casa con mi madre.

¡Qué ricos son, y qué comprensivos!

Mientras me maquillo, me doy cuenta de cuánto tiempo llevo sin hacerlo, ¡pero si hasta se ha secado el rímel!

Por suerte, Nerea, a la que ya le permito pintarse un poquito, tiene un bote. Lo utilizo y, cuando acabo con la chapa y la pintura y me miro en el espejo, ¡madre mía, qué mona estoy, aun con mis mechas californianas!

Por mi mente cruza cierto hombre de ojos azules, y suspiro. No. Definitivamente, no habría sido buena idea quedar con Diego. Es vecino de mis padres, nuestros hijos se conocen y... No, él no es una opción.

Olvidándome de él, pero motivada por mi salida, abro el armario y miro con detenimiento la ropa nueva.

¡Qué chulas las cosas que me he comprado!

Finalmente me decanto por un pantalón verde oscuro y una blusa negra semitransparente. Algo excesivo para mí, pero mi hermana dice que se lleva mucho. Y, bueno, si ella, que es una gurú de la moda, lo dice, ¡no lo dudo!

Según termino de arreglarme, Aarón entra en mi habitación y, sentándose en la cama, me mira, deja escapar un silbido de aprobación y afirma:

—Estás preciosa.

Sonrío. Mi niño adulador es un amor.

—Mama, tú no te vas a ir como papá, ¿verdad? —me suelta de pronto.

Parpadeo sorprendida. ¿He oído bien?

Aarón me mira. Yo lo miro.

«¡Ay, mi niño...!»

En todos estos meses pensé que era el que mejor lo llevaba, y ahora me sale con éstas justo cuando voy a ir a pasármelo bien. Me agobio. Se me acelera el corazón y, olvidándome de mí, de la salida y de mi ropa nueva, me siento con él en la cama y respondo:

—Claro que no, cariño. Yo siempre estaré contigo. Siempre —le aseguro.

Aarón asiente y, torciendo el cuello, vuelve a preguntar:

—Si papá ya no te quiere a ti, puede que también deje de quererme a mí, o a Nerea y a David...

«Uf..., uf..., ¡que me da..., que me da!»

Me pongo nerviosa. No esperaba esas preguntas en un momento así, pero, claro, los niños son niños, y haciendo de tripas corazón, susurro:

—Mi amor, papá y yo seguimos queriéndonos aunque no estemos juntos y...

—Pero el otro día, cuando fuimos a su casa, nos dijo que quería a Vanesa y que por eso no estaba contigo.

«Aisss, ¡que se me revuelve el estómago!

»Pero ¿cómo les ha dicho eso?

»Joder..., joder, con el puñetero Alfonsito...»

Seguro que en su afán de no hacerme daño, Nerea no me ha contado esa conversación que, al parecer, Alfonso ha mantenido con los niños, y respondo:

—Aarón, lo que tu padre quería decir con eso es que está enamorado de Vanesa y no de mí, pero eso no impide que él y yo nos sigamos teniendo cariño porque compartimos lo más bonito que la vida nos puede dar, que sois tú, Nerea y David. Y, en cuanto a que os deje de querer, ¡eso nunca, mi amor!

—¿Y por qué a veces se comporta como si no nos quisiera?

«Gualaaaaaaaaaaaaaaaa..., gualaaaaaaaaaaaaaaa...»

Qué difícil es explicarle esto a un niño sin querer dejar a la otra parte como un auténtico gilipollas egoísta. ¡Que lo es! Pero Aarón es todavía demasiado pequeño para entender ciertas cosas, y yo no quiero malmeter contra su padre porque creo que no toca, así que le respondo:

—Eso no es así, mi amor.

Aarón me mira.

Conociéndolo, me temo que me va a soltar que, algún sábado que había exhibición de kárate, su padre se quedaba en la cama mientras yo me levantaba para llevarlo, pero no dice nada de eso. Sólo me mira y pregunta:

—¿Tú te vas a enamorar de otro hombre?

«Ay, madre..., ¡la cosa se complica!

»¡¿Qué le digo?! ¡¿Qué le digo?!»

Y, tras aparentar serenidad, a pesar de la preguntita, respondo sinceramente:

—Pues no lo sé, mi amor, pero, si pasara, ¿te importaría?

Aarón me mira. Piensa lo que le he preguntado y responde:

—No, mientras sea del Atleti y no dejes de quererme.

Vale. Los colores del Atleti van antes que yo, pero se lo perdono. Y, emocionada por sus palabras, lo abrazo.

A menudo, Aarón se comporta como un adulto, pero es un niño. Sólo tiene diez añitos.

Lo beso en la cabeza cuando Nerea entra en la habitación y, mirándome, afirma:

—¡Woooo, mamá! Estás guapísima. Levántate, que te hago una foto y la subo a Facebook.

Oír eso y ver a mis dos niños observándome con sus bonitas sonrisas me da la vida. Para mí es importante verlos felices, cuando oímos la vocecita de David, que me llama, y Aarón dice levantándose de la cama:

—Tranquila, preciosa. Voy yo a ver qué quiere.

Con cara de orgullo, observo cómo mi canijo sale de la habitación, cuando Nerea, que está a mi lado, susurra:

—Mamá, no te preocupes por nosotros y pásatelo bien esta noche, ¿vale?

«Ay..., ay, qué mayor se me está haciendo mi niña...»

Y, mirándola, pregunto:

—¿En serio que no te importa que salga con las amigas?

Nerea suspira y, a continuación, cuchichea:

—Mamá, eres joven y tienes que divertirte. Y, como dice la tía Blanca, para que se lo coman los gusanos, ¡que se lo coman los humanos!

La miro boquiabierta.

«¡Pero buenooooooooooo!»

Y, al ver su gesto guasón, sonrío y murmuro:

—Me parece que voy a tener que hablar con tu tía.

—Mamáááá —se mofa divertida.

Las dos sonreímos cuando suena el timbre de la puerta. *Torrija* ladra como una descosida y Nerea dice con una sonrisa:

—Seguro que es la abuela.

Escopeteada, sale de la habitación y yo, tras coger mi bolso, voy tras ella.

Cuando llego al salón, mi madre les está enseñando a mis niños el postre que les ha hecho para cuando cenen, y éstos aplauden encantados. Hasta *Torrija* hace cabriolas. Sabe que algo le caerá. Mi madre prepara una tarta de chocolate blanco que quita el sentido, y cuando la veo murmuro babeante:

—Mamá..., no sé si salir o quedarme con vosotros.

Ella sonríe, se acerca a mí y, tras darme un beso, afirma:

—Cariño, pero qué guapa estás.

La miro encantada y, cuando voy a decir algo, ella cuchichea cuando mis hijos no la oyen:

—Tú vete con Soraya y pásalo bien. Esconderé un cachito de tarta para ti en la nevera, detrás de los yogures, ¿vale?

«¡Ay, que me la como!»

Mi madre es... es... mi amor, y, dándole un abrazo, murmuro:

—Gracias, mamá.

Sin perder su sonrisa, la mujer camina hacia la cocina cuando suena mi móvil. Soraya está esperándome en la puerta, y grito:

—¡Me voy!

Como si me fuera a la guerra, mis niños y *Torrija* corren a abrazarme, y yo los besuqueó con amor en sus cabezas.

«Ay..., ay..., que como se me pongan tontos no sé si voy a ser capaz de irme, y más tras la conversación con Aarón.»

Mi madre me mira.

Yo la miro con cara de circunstancias y, cuando David, mi *pezqueñín*, se va a poner a llorar, Nerea lo coge en brazos y le pregunta:

—¿Qué tal si jugamos con la Play?

Una vez aquélla se aleja con un pucheroso David, Aarón, que está a mi lado, me aprieta la mano para que lo mire y dice:

—Preciosa, pásalo bien, pero sé buena y no te separes del grupo, ¿vale?

Me hace gracia oír eso. Es lo que siempre les digo cuando se van de excursión con el colegio, y afirmo:

—Te lo prometo, cariño.

Una vez le doy un último beso a Aarón, éste me acompaña hasta la puerta junto a *Torrija*, y una vez me echa de casa y cierra, lo oigo gritar:

—¡Abuelaaaaaaaaa, fiestaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Divertida por la picardía de mi enano, sonrío y, al darme la vuelta, me quedo sin palabras al encontrarme a Diego.

Pero ¿qué hace aquí?

Sorprendida, camino hacia él, que, mirándome como atontado, pregunta:

—¿Adónde vas tan guapa?

Aissss..., aisss..., lo que me ha dichooooooooo.

Por primera vez, un hombre que no es mi ex me dice un piropo con ojitos y yo no me ofendo.

Por ello, y feliz por sentirme guapa ante él, respondo:

—De cena y de fiesta con las amigas.

Diego asiente, y, necesitada de saber, pregunto:

—¿Qué haces aquí?

Él suspira, vuelve a poner su mano en mi brazo y, cuando su calor me inunda, lo oigo decir:

—Maya se queda a dormir en casa de una amiguita de la urbanización y venía a invitarte a tomar algo.

—¡¿Qué?! —pregunto muy sorprendida.

Ese hombre, que está como un tren, ¿qué digo como un tren?..., ¡como un camión de bueno!, me mira. Sin hablar, ambos sabemos que algo, no sé el qué, pero algo está comenzando a ocurrir entre nosotros, cuando dice:

—Podemos hacer lo que tú quieras.

*«Wooooomamacitalindaloquesemeocurre…*

»Uf..., lo que me entra por el cuerpo...»

Él y yo..., adultos..., separados..., bueno, él divorciado..., no tenemos que dar explicaciones... Su casa está vacía... y...

«Uf..., uf...»

Seguimos mirándonos y siento que los pies se me han pegado a la acera.

Pero ¿qué me pasa?

No nos apartamos la vista de encima.

«Madre mía..., madre mía..., ¡que ardo en llamas!»

Entonces, de pronto, los insistentes pitidos de un coche me sacan de mi burbujita rosa y llameante de placer y, al mirar, veo la cara de sorpresa de Soraya y digo sin dudarlo:

—Tengo que marcharme.

Diego asiente. Sonríe y, guiñándome el ojo, dice antes de darse media vuelta para alejarse de mí:

—¡Pásalo bien!

Desconcertada y algo chamuscada por el momento «en llamas», lo observo alejarse, cuando Soraya vuelve a pitar y yo reacciono al fin y me dirijo al coche.

Cuando subo al vehículo, mi amiga pregunta.

—Pero ¿ése no era Diego?

—Sí.

—¿Y qué hace por aquí?

«¿Qué digo?... ¿Qué digo?...»

Porque, si le cuento que ha venido a invitarme a tomar a algo, Soraya me echa a patadas del coche por no haber aceptado la invitación, y respondo:

—Ha acompañado a mi madre. Ya sabes que se caen muy bien.

Ella asiente, y yo, deseosa de que no pregunte más, exclamo:

—Vamos, ¡quiero divertirme!

# O me espabilo... o me espabilo

Cuando llegamos al restaurante chino donde Soraya ha quedado con sus amigas, me presenta a Dori, Marlén y Cris.

Rápidamente, las chicas me hacen sentir una más del grupo y, entre risas y buen rollo, nos ponemos moradas a arroz tres delicias, rollitos de primavera y ternera en salsa con brotes de bambú, entre otras cosas.

Pero ¡qué rica está la comida china!

Mientras cenamos, las escucho hablar de sus vidas y siento que me hago chiquitita..., chiquitita. Hablan de los hombres como éstos si fueran clínex, y me asusto, y más si pienso en Diego.

¿Yo seré capaz de utilizarlo como ellas utilizan a los hombres que mencionan?

Sé por Soraya que, cuando sale con ellas, tiembla Madrid, y de pronto soy consciente de que no sé si yo quiero entrar en esos temblores.

Aturdida, las escucho, cuando Marlén pregunta dirigiéndose a mí:

—¿De qué estás tan asustada?

Todas me miran.

¡Joder..., pues sí que se me tiene que notar!

Parpadeo, trago el nudo que tengo en la garganta y Soraya dice echándome un capote:

—Primera salida de separada.

Las mujeres se miran, y un dulce «¡ohhhh!» escapa de sus boquitas, cuando Doris cuchichea:

—Mi primera salida fue desastrosa. Tenía la sensación de que todo el mundo sabía que mi ex me había dejado por una muñequita quince años más joven que yo y con un cuerpazo de escándalo...

—Ay, Dios..., ¡lo siento! —me apresuro a decir.

—Ah, no..., no... —ríe Doris—. No lo sientas, porque fue lo mejor que me pudo pasar a mí y lo peor que pudo sucederle a mi ex. Y si digo esto es porque esa muñequita, una vez le sacó todo el dinero, lo mandó a freír espárragos, y yo, gracias a esa separación, he tenido los mayores orgasmos de mi vida.

Todas ríen. Yo también, pero, sorprendida, pregunto:

—¿En serio?

—Y tan en serio —afirma Doris con una sonrisa.

—Mi primera salida fue catastrófica —toma el relevo Marlén—. Cada vez que se me acercaba un hombre, sin saber por qué, le enseñaba la foto de mis hijos, y ¿sabes lo que aprendí esa noche? Que cuando quisiera quitarme a un pelma de encima, sólo tenía que mostrarle emocionada la foto de mis niños.

De nuevo, risas. Sus carcajadas y sus anécdotas me relajan, cuando Cris dice:

—Pues mi primera salida fue impresionante. Y, tras pasar tres horitas con un guapo andaluz en la parte de atrás de su coche, me di cuenta de dos cosas. La primera, descubrí el maravilloso mundo que me había estado perdiendo, y la segunda, ¡que el tamaño sí importa!

Me parto. Me río con todas las ganas del mundo, cuando miro a mi amiga Soraya y pregunto:

—¿Y tú? ¿No recuerdo tu primera salida después del Trufote?

—Pues te la conté —afirma ella, y, sorprendiéndome, suelta—: Aunque, bueno, seré sincera contigo y te contaré la verdad, porque te mentí.

—¿Me mentiste?

Soraya asiente, todas ríen a carcajadas y mi amiga afirma:

—Te habrías escandalizado.

—Cuéntame ahora mismo —insisto curiosa.

Ella bebe de su copa, se aclara la garganta y, luego, la muy tunanta dice:

—Conocí a un hombre a través de Facebook y quedé con él. Al entrar en el local donde habíamos quedado, sólo vi a tres hombres, dos abuelos y una mujer. Y resultó que mi cita... ¡era esta última!

Al oír eso, parpadeo, y Soraya indica riendo:

—En un principio me enfadé con ella. ¿Cómo podía haberme engañado así?... Sin embargo, resultó ser una tía muy maja y..., bueno, una cosa llevó a la otra y acabamos en su casa.

—¡¿Qué?! ¿Con una mujer? —pregunto escandalizada.

—Sí —afirma Soraya sonriendo.

Al ver cómo todas gesticulan mientras sonríen, murmuro boquiabierta:

—Noooooooooooo...

—Síííííííííííí.

—Pero si a ti te van los hombres... —insisto mirando a Soraya.

Mi amiga asiente.

—Eso nunca lo dudes. Pero esa noche Teresa me lo hizo pasar muy, pero que muy bien. Uf..., qué lengua y qué dedos tenía...

Parpadeo sorprendida cuando mi amiga, que me conoce, insiste ante la risa de las demás:

—Estefanía, vamos a ver. No soy lesbiana, pero sí curiosota. Se presentó la oportunidad y, siendo libre, me pregunté: «¿Por qué no?». Y, zas..., ¡pasó! Y, bueno, sigo siendo amiga de Teresa, y alguna vez que otra vez nos vemos.

Parpadeo de nuevo boquiabierta, y Marlén indica:

—Fíjate que yo lo he pensado en alguna ocasión, pero no llego a animarme.

—¡Hazlo! —afirma Soraya—. Es más, tengo el teléfono de Teresa, ¡cuando quieras te lo doy!

De nuevo ríen, y yo alucino.

Hablan de sexo con total naturalidad y libertad, algo impensable hace unos años. Pero, claro, el mundo ha evolucionado en el tiempo en que he estado perdida, ¡y me gusta! Me gusta poder hablar de algo que siempre se ha considerado tabú.

—Y tú —dice Cris, mirándome—, ¿has estado con alguien aparte de tu ex?

Niego con la cabeza.

—No. Comencé con él siendo muy jovencita, después nos quedamos embarazados de penalti, nos casamos y tuvimos tres hijos. Y, desde mi separación..., bueno..., no. No me apetece ver a ningún hombre.

Todas me miran como si fuera un espécimen raro.

Vale, sin duda soy un espécimen en extinción y digno de estudiar, pero mis padres son muy tradicionales y me criaron para ser mujercita y madre. Algo que no pienso repetir con Nerea.

Si algo me ha quedado claro tras la separación es que mis hijos, sean del sexo que sean, han de pasarlo bien, tener experiencias y saber dirigir su felicidad. Y espero que nunca hipotequen su vida por alguien que no lo merece. Pero bueno, eso sólo el tiempo lo dirá.

Pensando en ello estoy cuando Doris dice:

—Pues lo vas a flipar, cariño. No sé cómo era tu ex, pero sí sé lo que puedes encontrar. Eres muy mona y tienes un mercado muyyyyyyyyyy amplio.

A partir de ese instante, todas me dan consejos, pero sobre todo recalcan tres, que, según ellas, he de respetar a rajatabla para no volver a sufrir:

El primero, quererme a mí misma.

El segundo, echar el candado a mi corazón.

El tercero, disfrutar del sexo sin permitir que nadie se meta en mi casa. En definitiva, mi casa es mi casa, ¡y punto pelota!

A las once de la noche, tras multitud de confidencias, salimos del restaurante y vamos a La Destilería, un lugar de copas que ellas conocen y, según dicen, está lleno de gente de todas las edades.

Una vez llegamos al sitio, cuyas pareces están llenas de frases bonitas, las chicas me presentan a sus amigos. Todos son amables y encantadores, y aunque al principio me siento un poco rara y desubicada, y más cuando Diego cruza por mi pensamiento, poco a poco me relajo y noto que comienzo a disfrutar de la noche.

Y, oye..., debe de ser cierto eso de que soy mona, pues siento que los hombres quieren hablar conmigo y les interesa conocerme. Pero no..., no, ¡no estoy preparada!

En un momento dado, acompaño a Soraya al baño. Eso es muy de chicas.

Yo termino antes que ella y, tras lavarme las manos, salgo del aseo para esperarla.

Suena la canción *Can't Take My Eyes Off You* de Gloria Gaynor. Aisss, lo que siempre me ha gustado esa canción.

Apoyada en la pared, la canturreo, cuando oigo que alguien dice a mi lado:

—¿Separada o divorciada?

Rápidamente, vuelvo la cabeza y me encuentro con un tipo muy mono, más o menos de mi edad, vestido con un traje gris y una camisa blanca sin corbata.

Me paralizo. La preguntita tiene miga, pero, sacando fuerzas de mi interior para no parecer recién salida del cascarón, por no decir del pueblo, respondo:

—Cómo han cambiado los tiempos desde que se preguntaba aquello de «¿Estudias o trabajas?», o «¿Me das fuego?»...

Ambos reímos, y él, tendiendo su mano, se presenta:

—Roberto.

Se la estrecho encantada.

—Estefanía.

En ese instante sale Soraya del baño y, al verme con él, me mira.

—Soraya —indico antes de que diga nada—, te presento a Roberto.

Se dan la mano con cortesía y posteriormente mi amiga me mira con una sonrisa pícara y dice:

—Regreso con las chicas. Te espero allí.

Cuando se va, siento la necesidad de correr tras ella.

¿Para qué me voy a quedar con este desconocido?

Entonces noto que él me coge del brazo y, al mirarlo, lo oigo decir:

—¿Me permites invitarte a una copa?

Pienso en Diego. A él se la he negado, pero a éste, ¿qué le digo?

Vamos a ver, hacerme, este tipo no me puede hacer nada. Estamos en un local, rodeados de gente, y siento la mirada de Soraya y de las chicas pegada en el cogote, por lo que afirmo con seguridad:

—De acuerdo.

Sin rozarnos, llegamos a la barra, él se pide un whisky con hielo y, cuando me mira, me quedo en blanco. ¿Qué pido?

Si pido un san francisco, creo que quedaré muy antigua, por lo que me decanto por un ron con Coca-Cola. Justo lo que bebía el idiota de mi ex.

El camarero se aleja para preparar las copas, cuando veo que Roberto me mira y dice:

—No has respondido a mi pregunta todavía.

Al recordarla, afirmo con la cabeza.

—Separada y pendiente del divorcio. ¿Y tú?

Él asiente y contesta con una sonrisa:

—Divorciado.

Sonrío. Pero cuando lo hago pienso: «¿Por qué sonrío?».

Quizá tengo ante mí a un Alfonso en potencia. Y debe de leerme el pensamiento, porque indica:

—Mi mujer se enamoró de nuestro vecino. Fue un palo enorme.

«Ay, pobreeeeeeeeeee.

»Ay, pobreeeeeeeeeeeeee...

»Y luego decimos que sólo los hombres son unos cabritos.»

Por ello, y tocando su brazo para consolarlo, murmuro:

—¡No me digas!

Roberto asiente y, suspirando, indica:

—Se enamoró de tal manera de ese imbécil que prefirió vivir con él a hacerlo con nuestra hija de tres años y conmigo.

—¡No me digas! —repito horrorizada.

Vamos..., vamos..., por nada del mundo, ni por el mismísimo Jamie Dornan, abandono yo a mis niños. Vaya tela, cómo debía de ser la mujer.

—Por suerte, soy abogado —lo oigo decir a continuación—. Tengo la custodia de nuestra hija Alicia, aunque no te voy a negar que al principio fue tremendamente doloroso para los dos.

«Ay, pobre..., ¡ay, pobre!

»¡Qué penita me da!»

A continuación, suelto:

—Mi marido me la pegaba con Saneamientos López.

Roberto parpadea y, al darme cuenta de lo que he dicho, aclaro:

—Saneamientos López era lo que ponía en su móvil.

—Ah...

—Ésa se llamaba Claudia, y ahora está viviendo con una tal Vanesa, de la que me ha dicho mi hijo que está muy enamorado.

Ambos nos miramos. Sin duda nos rompieron el corazón.

Segundos después, el camarero pone ante nosotros nuestras bebidas y, una vez las cogemos, Roberto dice:

—Brindemos por lo que nuestros ex han dejado escapar.

¡Me gusta este brindis!

¡Olé y olé!

Y, con seguridad, brindo con aquel desconocido y doy un trago a mi bebida.

Una hora después seguimos hablando.

Roberto es un encanto de hombre y es fácil charlar con él. Me habla de su hija, de su vida y yo lo escucho encantada.

A medida que avanza la noche, siento que él se acerca un poco más, y no me separo.

¡Woooo, qué lagarta y atrevida soy!

Roberto me atrae, es un tipo interesante, y además de tener buena presencia y ser un padre ejemplar, huele muy bien.

Divertidos, hablamos cuando suena una romántica canción de una tal Adele que me encanta de tanto oírsela a mi hija y, al decirlo, Roberto se levanta, me tiende la mano y me invita a bailar con galantería.

«Ay, madre... ¡Ay, madre!

»Que yo sólo he bailado agarrada a mi Alfonso.»

Durante unos segundos, lo miro. Roberto es un bombonazo de tío, y finalmente, tras ver que Soraya y las chicas me hacen señas para que me lance, acepto.

De su mano camino hacia la pista y, una vez llegamos a ella, Roberto me abraza.

«Uf..., qué escalofrío me entra.»

Por primera vez en mi vida, estoy en los brazos de un hombre que no es Alfonso, el jodido Alfonso, y, deseosa de disfrutar y olvidarme de él, lo abrazo y comenzamos a bailar esa bonita canción.

Atacada de los nervios, y pegada al cuerpo de ese hombre que tan sexy me parece, disfruto de un momento de película, cuando siento que posa sus labios en mi cuello, lo besa y todo el vello de mi cuerpo se eriza.

«¡Wooooooooooooooooooooooooooo, qué pasada!»

Reconozco que cuando últimamente Alfonso me hacía eso, mi cuerpo no reaccionaba así, es más, en ocasiones hasta me incomodaba.

No soy una niña, soy una mujer y, conocedora del lenguaje de los cuerpos, levanto los ojos hacia los de él, nos miramos y, cuando sus labios rozan los míos en busca de algo, me siento morir, pero de placer.

Cuántos meses sin que unos labios rozaran de esa manera los míos, pero cuando voy a dejarme llevar por el momento, de pronto, alguien nos empuja.

Levanto la vista y veo a una joven que, mirándome, grita con cara de enfado:

—¡Suelta a mi novio, so guarra!

«¡¿Novio?! ¡¿So guarra?!»

Parpadeo boquiabierta.

«¿El novio es él y la “so guarra” soy yo?»

Miro a Roberto y compruebo que él ya no me mira a mí, sino a ella.

Rápidamente coge las manos de la joven y, pasando totalmente de mí, dice:

—Cariño..., cariño..., tranquilízate.

—¡Ángel! Pero ¿cómo puedes estar haciéndome esto? —grita la muchacha.

«¿Ángel? Pero ¿no era Roberto?»

Comienzan a discutir delante de todos. Me siento idiota.

Y, lo peor, ¡me siento un pendón desorejado!

¿Cómo, con la edad que tengo, me pueden haber tomado el pelo de esta manera?

El espectáculo es bochornoso.

Todo el local nos mira, y yo no sé dónde meterme.

«Joder..., joder..., joder..., vaya numerito el primer día que salgo como separada. Mira, ya tengo anécdota que contar.»

Pero ¿cómo me he dejado engatusar así?

¿Acaso soy nueva?

Bueno..., sí, la verdad es que se puede decir que soy novata en estas lides y está visto que o me espabilo, o me las van a dar por todos los lados por confiada, tonta y pringada.

En definitiva, el sinvergüenza con el que bailaba y al que iba a permitirle meterme la lengua hasta la campanilla tiene novia, y ni está divorciado, ni tiene niña, ni es abogado y mucho menos se llama Roberto.

«¡Será capullo el tío!»

Miro a Soraya y ésta, al leer mi mirada de «¡No sé ni cómo me llamo!», viene hacia mí. Y yo, reaccionando al fin, miro al capullo que lleva toda la noche haciéndome la rosca y siseo furiosa:

—¡Qué asco me dais los tíos como tú!

Y, sin más, me dirijo a continuación a la novia, que está más aplacada y comienza a mirarlo con ojos de «te perdono porque te quiero».

—Y tú, ¡espabila! Si te hace esto ahora, ¿qué no te hará en el futuro? Quiérete a ti misma y dale una patada en el trasero a este donjuán de pacotilla, porque antes de que lo esperes, te la estará pegando con Saneamientos López o vete a saber con quién más.

Y, sin más, me doy la vuelta, agarro a Soraya y comienzo a reír.

¡No hay quien me entienda!

Esa madrugada, cuando llego a casa, una vez saludo a *Torrija*, que se alegra al verme, paso por la habitación de invitados y mi madre me guiña un ojo.

¿Cómo no iba a estar despierta?

Tras decirme que todo ha ido bien y preocuparse porque haya disfrutado, bosteza y me envía a la cama.

Yo, como la obediente hija que soy, le hago caso, salgo del cuarto y a los dos segundos la oigo roncar.

«¡*Joer*, cómo ronca la *jodía*!»

En silencio y a oscuras, hago revisión de mis mayores tesoros y paso por sus habitaciones para verlos y darles un besito.

Los amo..., ¡los adoro!

Ellos son lo mejor de mi vida.

Duermen como angelitos, y sonrío. ¡Qué felicidad!

Hambrienta, bajo a la cocina y, tras comerme el trozo de tarta que mi madre ha escondido detrás de los yogures para mí, regreso a mi habitación, donde me desnudo, me desmaquillo y me meto en la cama.

¡Me duelen los pies de los puñeteros tacones!

Según me arropo, pienso en lo ocurrido esta noche.

Madre mía..., madre mía, qué gilipollas me siento por haber caído en las redes de aquel depredador, y vuelvo a reírme.

¡Menuda pazguata estoy hecha y hay que ver lo mucho que me tengo que poner al día!

Olvidándome del capullo que esta noche me la ha dado con queso con sus caiditas de ojos y sus miraditas a lo James Bond, pienso en Diego. En ese hombre que de pronto está despertando algo en mí, y me dispongo a fantasear con él.

¿Quién me lo va a impedir?

Con una sonrisa, me levanto de la cama y cierro la puerta de mi habitación. Quiero intimidad, e incluso echo a *Torrija*. Después, saco a mi adorado y siempre dispuesto *Simeone* de la mesilla y, tras mirarlo con una sonrisita nada decente, lo enciendo, lo pierdo bajo las sábanas y... y... Uf..., uf..., fantaseo con Diego y murmuro disfrutando del juego que me da *Simeone*:

—Sí, cariño..., como tú no hay nadie.

# ¡Arriba la libertad y viva la cantidad!

Pasan los días y, tras esa primera salida, llega la segunda el día en que Nerea y mis niños se quedan a dormir en casa de sus amigos, y luego la tercera, y a ésa le sigue una cuarta... Lo dicho, le cojo el gustillo a esto de salir con las chicas y al grupo que me presentan.

Pero ¿qué era lo que yo me estaba perdiendo?

¿Por qué dejé de pasármelo bien y me centré sólo en ser mami y esposa?

¿Por qué me olvidé de mí? ¿Por qué?

De pronto, salir sin niños y sin marido me hace recuperar un privilegio que inexplicablemente había perdido y que se llama LIBERTAD.

Una libertad que no pienso permitirme perder de nuevo en mi vida. Repito, y con mayúsculas: EN MI VIDA.

Eso de poder estar sólo y exclusivamente pendiente de mí y de lo que me apetece en todo momento, sin preocuparme de si éste se va a caer y se va a hacer daño, o si de la otra se va a ahogar con un panchito, hacía mucho tiempo que no lo experimentaba y, oye, me gusta, ¡me gusta mucho!

Cada día que salgo con los amigos, me encuentro más segura de mí misma, y eso me hace saber que me he encontrado. Ahora soy capaz de mirar a cualquier hombre a los ojos cuando me habla, sin ponerme roja como un tomate y balbucear como si fuera medio lela.

Tras tantos años de matrimonio y fidelidad a la misma persona, había olvidado lo que era que otro hombre hablara conmigo, permitiéndole que me alabara la oreja. Porque sí..., sí..., de tonta tengo lo que de monja de clausura, y aunque en un principio creía haber perdido el radar para detectar idiotas, rápidamente lo encuentro y lo activo, con amplificador incluido. Que hay mucho listo suelto por el mundo.

Ahora, si hablo con un hombre es porque yo accedo, si bailo con un hombre es porque yo lo decido, y si permito que me tiren los tejos es porque yo lo consiento.

De pronto vuelve la Estefanía divertida, seductora y alocada, a quien siempre le gustó disfrutar de una buena juerga con sus amigos.

¡Madre mía, lo que siempre me gustó bailar!

En mi sexta salida, un viernes, porque Alfonso se lleva a los niños a su casa, cuando estoy con Soraya y el grupo de amigos brindando con tequila, sal y limón, de pronto ella dice:

—Uiss..., mira quién acaba de entrar en el local.

Al mirar hacia la puerta, me quedo de piedra al ver a Diego junto a una guapísima rubia. Porque, sí..., es muy guapa, no puedo negarlo.

Con disimulo, miro a Soraya para que sepa que he visto a quién se refiere, cuando mi amiga, sorprendiéndome, levanta la voz y lo llama.

Diego nos ve enseguida, se sorprende tanto como nosotras y, cogiendo a la rubia de la mano,

se acerca al grupo.

—Pero bueno, ¿qué hacéis por aquí?

Todos, especialmente todas, lo miran. Yo también.

Diego es un espécimen digno de admirar. Alto, sexy y, sin llegar a ser guapo guapo, tiene ese algo especial que hace que te fijes en él.

Soraya sonríe, menuda lagartona está hecha, y, tras hacerle un escaneo a la rubia que va con él, suelta:

—Celebrando que es viernes.

Diego sonríe. Dios, qué sonrisa tan bonita tiene... Y, mirando el limón que tengo en las manos y que iba a morder, indica:

—Cuidado con eso..., es peligroso.

Sonrío.

«Aisss..., si yo te dijera que tú sí que eres un peligro...»

Segundos después, Soraya se lo presenta al grupo y él saluda encantado y presenta a la chica que va con él. Se llama Maribel y, por su gesto y su sonrisa, me hace saber que es simpática.

Sin perder un segundo, Diego pide otra ronda de chupitos de tequila al camarero y todos aplaudimos encantados. Minutos después, soy testigo de cómo aquél, que tiene en llamas a toda la urbanización de mi madre —vale, y a mí también—, bromea con la tal Maribel.

Está claro que ella es quien le importa esa noche y, mira, ¡mejor! Prefiero que las cosas se queden donde se quedaron y evitar incomodidades. Porque liarse con un conocido tan cercano como lo es Diego puede jorobar una bonita amistad y, no..., casi que prefiero su amistad a otra cosa, ¿o no?

Los amigos de Soraya, que son ya mis amigos, se lanzan a bailar cuando comienza a sonar el remix *Finesse*, de Bruno Mars y Cardi B, y yo con ellos.

Durante varias horas bailamos, reímos, nos divertimos, y esa parte loca que siempre hubo en mí hace acto de presencia y me olvido de Diego y del mundo en general para bailar y disfrutar como llevaba tiempo sin hacerlo.

Un buen rato después, aparecen otros amigos de Soraya a los que no conozco. Entre ellos hay un tal Jesús, con el que rápidamente conecto y comenzamos a hablar. El tipo trabaja como electricista. Me cuenta que es autónomo, soltero, y yo lo escucho encantada.

En ningún momento, Jesús se sobrepasa conmigo. En ningún momento promete nada. En ningún momento me hace sentir incómoda, y de pronto soy consciente de que me gusta Jesús.

Estoy pensando en ello cuando Soraya, al ver que él se va a la barra a por unas bebidas, se acerca a mí y dice:

—Vaya..., vaya..., Jesús.

Oírla decir eso me hace sonreír, y rápidamente suelta:

—Es un buen tipo, lo conozco desde hace años, y no busca ni esposa ni novia.

Saber eso me gusta. Yo tampoco busco ni marido ni novio y, sonriendo, afirmo:

—Entonces estamos en la misma sintonía.

Soraya sonríe, yo también y, guiñándonos un ojo, nos separamos cuando Jesús vuelve con las bebidas.

En la pista, Diego baila con su Maribel. Está más que claro dónde va a acabar la noche, y yo comienzo a plantearme ciertas cosas.

¿Debería atreverme o no?

¿Me apetece?

Comienza a sonar por los altavoces la preciosa canción de la banda sonora de *Titanic*.

Ohhhh, lo que lloro siempre con esa película. Es salir la viejecita al principio y oír la melodía y ya me pongo a llorar. Y, sin poder remediarlo, murmuro pensando que la vi con el atontado de mi ex:

—¡Qué bonita película!

Jesús, que debe de saber como yo a qué me refiero, asiente e indica:

—Pero qué agobio cuando ves cómo se hunde el barco.

Asiento. A Alfonso también lo agobió ese instante, cuando oigo:

—¿Te apetece bailar?

«Wooooooooooooooooooooo, ¡lo que me ha preguntado!»

Reconozco que me pongo un poco nerviosa. Un poquito.

Bailar esa mítica canción, que sólo he bailado con mi ex, creo que puede ser un buen comienzo para mí y para deshacerme de los fantasmas del pasado, y sin dudarlo acepto. ¡Claro que sí!

De su mano, que, por cierto, es bien grande, llego hasta la pista y, acercándonos el uno al otro, comenzamos a bailar.

«¡Qué bien huele Jesús!»

Bailamos, charlamos y sonreímos por las tonterías que a ambos se nos ocurren, mientras la bonita voz de Céline Dion sigue interpretando la preciosa canción.

«Qué recuerdos...»

No obstante, necesitada de borrar las evocaciones que esa canción me provoca, sin saber por qué, miro a Jesús a los ojos y suelto:

—¿Te apetece que tomemos algo solos tú y yo en otro lugar?

«¡Pero buenooooooooooooooooooooooooo...!

»¿Qué acabo de proponerle?»

Al oírme, Jesús asiente sin dudarlo, aunque matiza:

—Será un placer, pero no busco una relación.

Su aclaración me gusta. Me agrada que tenga el par de narices de advertirme eso, e indicó:

—Yo tampoco, Jesús. Yo tampoco.

Ambos sonreímos.

Somos adultos.

Y en ese instante hablamos el mismo idioma.

En silencio, nos miramos. «Sí..., sí..., sí...» Y, tras pegarme más a su cuerpo y sentir algo que me provoca más y más, Jesús murmura:

—Ni en tu casa, ni en la mía.

«Uy..., uy, lo que me entra por el cuerpo...

»Uyyyyyyyyyyy..., a lo que he dado pie.

»¿Qué hago? ¿Qué digo?»

Hay una parte de mí que quiere, que necesita sexo. Pero también hay otra que ahora duda..., duda y duda.

Aun así, las dudas se acaban pronto. Mi cuerpo reacciona como lleva tiempo sin hacerlo. «¡Por Dios, sigo vivaaaaaaaaaaaa!» Y, con seguridad, le doy un pico en los labios y animo:

—¡Vámonos!

Está decidido.

Soy adulta, estoy separada, soy dueña de mi vida y, si me apetece, ¿por qué no?

Con una sonrisa, camino hacia donde está Soraya y digo cogiendo mi bolso:

—Me voy.

Ella asiente y sonríe. Yo también, y, tras mirar hacia la pista, donde Diego está besando a su Maribel, me encamino hacia la salida con Jesús.

Una vez fuera del local, nos miramos y digo incapaz de callarme:

—Mira, he de ser sincera contigo y quiero que sepas que eres el primer hombre con el que me voy a acostar después de veinte años con el mismo.

Jesús asiente, sonríe y afirma:

—Menuda responsabilidad para mí.

Su comentario me hace sonreír, y él, que está más versado que yo en estas lides, dice:

—Conozco un hotel no muy lejos de aquí que está muy bien. Si quieres, llamo y pregunto si tienen habitación.

Asiento. He oído perfectamente y, segura de lo que voy a decir, afirmo:

—Llama.

Cinco minutos después, tras oír cómo él reserva una habitación, cuelga y, sin saber por qué, digo:

—Oye, pagamos a medias.

Jesús sonríe, me da un leve pico en los labios e indica:

—Tú pagas las bebidas y yo el hotel. Tranquila.

Eso me gusta. No sé por qué él me tranquiliza, y nos dirigimos en su coche al hotel.

Veinte minutos después, llegamos a destino.

Madre mía, pero si he pasado mil veces por delante de este sitio.

¿Quién me iba a decir a mí que un día estaría aquí..., y no con...?

Una vez dejamos el coche en el parking, Jesús me da la mano y nos encaminamos hacia la recepción.

Aunque hablamos durante el camino, siento que estoy nerviosa.

«Por Dios..., por Dios..., ¡que me voy a acostar con un hombre tras veinte años de hacerlo con el mismo!

»¿Sabré? ¿No sabré? ¿Se notará mi inexperiencia?

»¿Se me habrá cerrado la cosa después de tantos meses sin... sin...?

»Uf..., madre mía, qué nerviosssssssss...»

En recepción, damos nuestros DNI y la recepcionista ni nos mira a la cara. No debemos de ser los únicos que aparecemos a las doce y veinte de la noche por aquí en busca de una habitación.

«Uf..., qué perversa me hace pensar en ello.»

La recepcionista nos da dos tarjetas de la habitación 322 y nos dice cómo conectarnos al wifi.

«Justamente en eso estoy pensando yo ahora mismo... ¡En el wifi!»

Tras guardar los carnets y coger las tarjetas, nos dirigimos de la mano hacia el ascensor.

«Uissss, ¡que me tiembla *toooooo*!»

Las puertas del ascensor se abren, ambos entramos y soy yo quien pulsa el botón de la tercera planta.

Jesús me mira, yo lo miro, y me pregunta:

—¿Nerviosa?

Asiento. No lo puedo negar, y entonces él, arrinconándome contra la pared del ascensor, me mira a los ojos y me besa. Me besa de tal manera que me olvido de mis nervios para disfrutar de

este instante.

«Gualaaaaaaaaa..., cuánto tiempo sin dar un beso con lenguaaaaaaaaaaa.»

Una vez las puertas del ascensor se abren, Jesús se separa de mí, y yo, segura..., segura..., segurísima de lo que quiero hacer, lo cojo de la mano y lo arrastro por el pasillo buscando la habitación 322.

Cuando entramos y cerramos la puerta, miro a Jesús y —«¡oh, Diosssss!»— me lanzo a su cuello.

Lo beso..., me besa...

Lo toco..., me toca...

Y cuando nuestras ropas comienzan a volar por la habitación, sólo pienso en disfrutar. En disfrutar del sexo a tope.

Cuando mi sujetador cae al suelo, siento que mi respiración se acelera y creo que voy a explotar cuando Jesús, con mimo y deleite, se inclina para chuparme los pezones.

«Oh, Dios... Oh, Diosssssssssssss...»

Me lame, me toca, me hace vibrar e, inconscientemente, el huevón de mi ex cruza por mi mente y recuerdo las veces que me tocaba los pechos y parecía que estuviera amasando para hacer una pizza.

«Uf..., ¡qué horror!»

Rápidamente me lo quito de la mente, él no tiene que estar aquí, y vuelvo a disfrutar del momento.

Más besos...

Más caricias...

Jesús se arrodilla ante mí y... «*Oh, my God!*»

¡Qué lengua tiene este hombre!

Tiemblo...

Jadeo...

Me vuelvo loca...

Completamente loca...

Y cuando se levanta del suelo y me da un beso con sabor a sexo, estoy por gritar: «¡Ole tú, tu lengua y tu empeño! ¡Muy bien, chaval!».

Instantes después, oigo rasgar algo y, al mirar, veo que Jesús acaba de abrir un preservativo.

«Sí..., sí..., sí...»

Clavo la mirada en algo erecto, muy erecto, y dispuesto, muy dispuesto, y parpadeo incrédula.

«Pero, Jesusitooooooooo, ¿qué es eso?

»Uy..., lo que me entra. Bueno, mejor: uy, lo que me va a entrar...

«Sí..., sí..., síííííííííí... ¡Todo para mí!»

Y, deseosa de saber si es cierto que vale más la calidad que la cantidad, algo que el tonto de mi ex siempre decía, y ahora ya sé por qué, empujo a Jesús sobre la cama. Él cae y, como si fuera una experta devoradora de hombres, me pongo sobre él, cojo su duro pene, lo coloco en mi más que húmeda vagina y desciendo lenta pero gustosamente sobre él.

«Madre míaaaaaaa... Madre míaaaaaaaaaaaa...

»¡Viva la cantidad!»

Placer...

Goce...

Calidad...

Locura...

Siento todas esas cosas mientras disfruto de algo totalmente nuevo para mí, y me doy cuenta de lo mucho que me queda por aprender en lo que se refiere al sexo.

Con mi ex, durante veinte años fue más de lo mismo. Es más, en ocasiones, estaba tan aburrida y poco motivada que durante los pim-pum, repasaba mentalmente la lista de la compra que tenía que hacer al día siguiente.

Que sí..., lo asumo.

He fingido más de dos y de veintidós orgasmos en mi vida. ¿Tú no?

Anda..., anda, que no te creo. ¡Que soy mujerrrrrrrrr!

Vale, fingir es malo, pero él fingía ser un perfecto maridito, y mira.

Sinceramente, no sé cuándo se volvió aburrida nuestra vida sexual. No sé si fue culpa mía o de él. Sólo sé que eso que un día tuvimos desapareció y, bueno..., ¡aquí estamos!

Pero, vamos, lo que acaba de pasar con Jesús... «Madre mía..., madre mía...»

Sin duda alguna, se abre frente a mí un maravilloso mundo por descubrir, y ante ese primer descubrimiento sólo puedo decir: «¡Viva la madre que te parió, Jesusito de mi vida!».

Mi desenfreno lo desconcierta.

Creo que pensaba encontrarse con una mujer asustadiza e inexperta en el sexo y lo estoy sorprendiendo por mi entrega y mi dedicación.

Pero si me estoy sorprendiendo hasta yo...

Yo, que siempre le he oído a mi ex eso de que era más bien sosita.

¡¿Sosita?!

Ay, amiguito..., amiguito... Visto lo visto, creo que el sosito eras tú.

Delicia...

Sensualidad...

Voluptuosidad...

Todo ello me hace sentir bien, sexy, perfecta.

Al ver la respuesta de Jesús a mi manera de poseerlo, noto que se vuelve loco. Y, segura de mí misma, contraigo las caderas una y otra y otra vez en busca de goce mientras ambos temblamos.

Aceleramos nuestros movimientos. Jesús se muerde el labio inferior y yo lo observo, no puedo apartar los ojos de él, y cuando siento que ya no podemos más, al unísono, damos un quejido que da paso a un maravilloso orgasmo y caigo agotada sobre él.

Apoyada sobre su pecho, respiro con dificultad, la misma dificultad con la que respira Jesús, e inconscientemente comienzo a reír.

«Madre mía, ¡qué locura acabo de hacer!»

No sé por qué me río, si es de felicidad, de sorpresa o de qué. Cuando él, uniéndose a mis risas, pregunta:

—¿Y dices que es tu primera vez después de la separación?

Asiento. No lo miro, pero asiento.

Esa madrugada, cuando me lleva en su coche hasta la puerta de mi casa, nos pasamos los teléfonos por wasap y, tras darnos un beso, nos despedimos. Cuando el coche se aleja, me quedan claras tres cosas:

La primera, tengo un *follamigo* para cuando quiera.

La segunda, me siento maravillosamente bien.

Y la tercera, que hoy por hoy me quedo con la cantidad antes que con la calidad.

# Tú lo que quieres es que te coma el tigre

Mi niña se hace mayor.

Desde que me entregó las notas, con su consiguiente disgusto, siento que algo ha cambiado en ella, y no sólo porque no me conteste, vaya a las clases de recuperación y esté más colaboradora en casa. En su mirada y en su manera de razonar, noto que está cambiando, y creo que, en parte, se debe a mi separación.

Tras mis saliditas nocturnas y la locura con Jesús, dos días después me encuentro con Diego en la piscina de la urbanización de mis padres. Al llegar con los niños, él está sentado con Soraya y, al verme, ambos levantan la mano sonrientes.

Con una sonrisa, me acerco hasta ellos y, cuando suelto mi toalla en el suelo, Diego choca su mano con Aarón y dice:

—Tres, cero, amigo. Somos buenos, ¡muy buenos!

Mi hijo asiente y afirma:

—Colega, ¡somos los mejores!

Cuando Aarón se va con sus amigos, creyendo entender las palabras de mi hijo, pregunto mirando a Diego:

—¿Eres del Atlético de Madrid?

Él sonríe y asiente.

—No entiendo mi vida sin serlo.

«Bueno..., bueno..., bueno...

»Alto, sexy, atractivo y ¿encima es del Atleti...?

»Por Diosssssssss..., ¡la tentación es cada vez mayorrrrr!»

Me río de mis pensamientos. Estoy como un cencerro.

Desde que pasé la noche con Jesús en el hotel, pienso en Diego y en lo que podría ser. Pero, sobre todo, me pregunto: ¿tendrá cantidad o calidad?

De nuevo, me río. No lo puedo remediar, y él, al verme, pregunta sonriendo:

—¿A qué se debe tu sonrisa?

«Uy..., uy..., si te lo digo, te dejo sin palabras...» Y, suspirando, respondo:

—Nada. Nada importante.

De nuevo me vuelvo a reír, cuando de pronto, al echar de menos a un moscardón molesto de gafas amarillas, miro a mi alrededor y pregunto:

—¿Y Maya?

El gesto de Diego cambia. Deja de sonreír y responde:

—Su madre se la ha llevado de vacaciones con su familia.

Asiento. Menos mal que eso no me pasa a mí. Si mi ex se lleva a mis niños, yo creo que me muero. Y, sonriéndole, murmuro:

—Piensa en que Maya lo va a pasar bien. Quédate con eso y sé positivo.

Diego asiente, no le queda otra, cuando Soraya grita mirando hacia la piscina:

—Juanito, ¡como vuelvas a tirarte de espaldas, te vas a casa!

Me siento sobre la toalla cuando Soraya vuelve a gritar:

—¡Ay, que se mata!

Me asusto.

Miro rápidamente hacia la piscina y mi amiga insiste a voz en grito:

—¡La madre que te parió, Aarón!

Mi hijo se ríe. La cara de malo que pone el *jodío*... Y, al entender lo que ha hecho, siseo señalándolo con el dedo:

—Aarón, si te vuelves a tirar de espaldas, te quedas sin piscina.

—Pero, mamáááááááááá...

Pongo mi mirada de madrastrona, esa que ellos temen y que saben que, a partir de ahí, todo son castigos, y finalmente Aarón dice:

—Valeeeeeeee, mamáááááááá.

Eso me tranquiliza, cuando Soraya se levanta y, alejándose hacia la piscina, vuelve a gritar:

—¡Me cago en tu padre, Juanito! ¿Qué te he dicho?

Incapaz de no hacerlo, sonrío.

Juanito es una pieza de museo, como Aarón, y sonriendo estoy cuando Diego, que está a mi lado, pregunta:

—¿Qué tal lo pasaste la otra noche?

—Bien.

Nos miramos. «Uf..., qué ojos azules tiene...»

—¿Fue lo que esperabas? —insiste.

—¿A qué te refieres?

Siento la incomodidad de su pregunta en su mirada y, al ver que no le quito ojo, Diego finalmente dice:

—Vi que te marchabas con un tipo que, si mal no recuerdo, se llamaba Jesús.

Asiento y sonrío. Yo lo llamaría ¡san Jesusito de mi vida! Pero, sin querer revelar lo que él ya se puede imaginar, y, por supuesto, no preguntarle yo por su amiga Maribel, respondo:

—Fue increíble.

Diego asiente y no pregunta más, hasta que suelta:

—Lo importante es que lo pasaras bien.

—Y tanto —afirmo con seguridad.

Minutos después, Soraya regresa y, tras cagarse en su hijo y en su exmarido, el Trufote, por lo mucho que el niño se parece al padre, cuando se tranquiliza, Diego, ella y yo comenzamos a hablar de viajes.

Estamos metidos en la conversación cuando de pronto llega la presidenta de la comunidad, la Clinton, junto a una chica muy mona y, acercándose a nosotros, dice muy pizpireta:

—Hola..., holitaaaaaaaaaa...

Nosotros dejamos de hablar y la miramos. ¿Qué querrá?

La Clinton mete tripa, quiere estar divina y, pasando de Soraya y de mí, indica:

—Diego, te dije que cuando volviera a visitarme mi preciosa sobrina podrías verla, y aquí está Winnie. Ahora, ¡miss Madrid!

—Tita, por favor —protesta aquélla con coquetería.

Soraya, Diego y yo las miramos. La verdad es que la miss Madrid tiene cara de osito, cuando Diego se levanta de un salto con agilidad y, acercándose a ella, sonríe y la saluda.

—Hola, Winnie. Qué placer volver a verte.

—Gracias, *Diegui*. Cuando la tita me dijo que estabas por aquí, deseé verte de nuevo y aceptarte esa copichuela que me dejaste a deber —cuchichea ella con tontería.

«¡Por favorrrrrrrrr!»

Soraya y yo nos miramos, anda que no tiene que ser tonta la miss..., cuando la Clinton suelta:

—Winnie y tú conectasteis muy bien el último día que os visteis. Ya sabes, Diego, que a mí no se me escapa detalle...

—Lo corroboro —suelto sin pensar.

Todos me miran.

«Joder..., joder, qué bocazas soy...»

Pero la Clinton, pasando de mi indiscreción, insiste:

—¿A que está muy bonita, mi Winnie?

Diego sonríe.

Soraya y yo sonreímos también cuando, de pronto, mis ojos se fijan en el bañador de *Diegui* y, gualaaaaaaaaaaaaaa..., sin duda ahí hay cantidad.

Rápidamente, desvió la mirada.

«Pero, por Dios, ¿qué estoy haciendo?...

»¿Qué hago mirando donde no tengo que mirar?»

—La palabra «bonita» se queda corta —oigo que dice entonces Diego en tono sensual.

«Oh, Diosssssssss... Oh, por favorrrrrrrr...»

Soraya y yo nos volvemos a mirar alucinadas.

¿En serio Diego ha dicho esa cursilada?

Incapaz de perderme detalle, o mis ojos irán a la cantidad, escucho su conversación y logro adivinar que se conocieron un día en el que Winnie fue a visitar a su tita.

«Vaya..., vaya con Diego... ¡Éste las mata callando!»

Cuando terminan de recordar el asunto, se hace un extraño silencio, y la Clinton, necesitada de conversación, comienza a hablar del tiempo, un tema muy recurrente cuando uno no sabe qué decir.

Pasan varios minutos y, cuando la conversación se estabiliza, la Clinton respira aliviada mientras sonríe a las vecinas cotillas, que nos miran. Para ella, que su sobrina haya llamado la atención del soltero de oro de la urbanización es un triunfo personal.

«¡Será tonta!»

Soraya y yo, sin movernos y en primera fila, no nos perdemos detalle. Sólo nos faltan las palomitas y el refresco con hielo, cuando Diego pregunta a la que ya he bautizado como *Winnie the Pooh*:

—¿Te apetece que vayamos a mi casa a tomar algo?

Miss Madrid asiente encantada y, con sensualidad, afirma:

—Contigo me apetece todo.

«Buenooooooooooooo..., buenooooooooo...»

Vamos a ver, soy mujer y sé interpretar el lenguaje verbal y no verbal de otra, y ésta lo que quiere es que le coma el tigre. Por favor..., eso de que «Contigo me apetece todo»...

La Clinton sonríe. ¿En serio le parece tan gracioso?

Y yo, inconscientemente, me cago en su padre, en su madre y en *tos* sus antepasados, sean

osos, lobos o papagayos.

«Pero ¿por qué me molesto?»

Sin cambiar el gesto, Diego se agacha, recoge su toalla, se pone su camiseta azul, nos mira a Soraya y a mí y dice con una sonrisita nada decente:

—Adiós, chicas. Pasadlo bien.

Dicho esto, se aleja con la Clinton y su sobrina. Segundos después, la señora presidenta se desmarca, mientras Diego y Winnie caminan en dirección a la casa de él.

«¿En serioooooooooooooooo?»

Lo miro boquiabierta cuando Soraya indica:

—A eso lo llamo yo no andarse por las ramas...

—¡Ya te digo!

De pronto, mi padre, a quien le encantaba Lola Flores, abre la ventana del salón y comienza a oírse una canción: «Tú lo que quieres es que me coma el tigre, que me coma el tigre, mis carnes morenas... Tú...».

Eso hace que Soraya y yo sonriamos, y ella cuchichea:

—De tigres va la cosa...

Me entra la risa, y sin querer pensar en lo que mi amiga indica con su gesto guasón, cuchicheo:

—Tigre no sé, pero Winnie the Pooh es la leche...

Soraya se parte. Siempre dice que soy especialista en sacarle motes a todo el mundo, y bajando la voz pregunta:

—¿Te has dado cuenta de cómo se miraban?

Sí. La verdad es que me he dado cuenta de todo, cuando ella insiste:

—Te digo que a éstos en quince minutos tenemos que darles las dos orejas y el rabo.

«Wooooooooooooooo..., ¡lo que me entra por el cuerpo!»

Imaginarme a *Missmehastocadolosovarios* encima de Diego me... me... pone enferma, mientras veo cómo las vecinas cuchichean junto a la Clinton.

—Otra más que arderá en llamas.

Soraya sonríe y, enfadada conmigo misma porque no sé por qué estoy reaccionando así, me tumbo en la toalla y digo cerrando los ojos:

—¡Qué solecito más rico, ¿verdad?!

Soraya, que es una cangreja a la que le encanta tomar el sol, rápidamente se tumba a mi lado, y agradezco el momentito de paz. Tengo que serenarme.

A las ocho de la tarde, y sin haber vuelto a ver a Diego ni a su acompañante, recojo mis cosas, me despido de Soraya y entro en casa de mis padres.

Mi madre les ha dicho a los niños que ha hecho empanadillas de huevo duro, atún y tomate, y ya no los mueve de allí ¡ni Dios! Lo que les gustan las empanadillas de mi madre.

Lo curioso es que yo las hago igual, pero nunca, nunca saben como las suyas. No sé si será el cariño y la devoción con que las hace, pero las de mi mami son especiales. Tremendamente especiales.

Tras pelearme con Aarón para que deje de chinchar a Nerea, a las nueve de la noche, los niños, mis padres y yo nos sentamos a la mesa. Mamá ha preparado una ensalada con tomatitos cherry, perlas de mozzarella, aceitunas negras y rúcula que quita el sentido.

«¡Por Dios, qué ricaaaaaaaaaa!»

Comemos como auténticas pirañas. Y digo comemos porque yo soy una piraña más, y

cuando mi madre saca la torre de empanadillas, ¡eso es la debacle!

Una empanadilla..., dos..., tres..., y a la cuarta sé que tengo que parar o voy a reventar, mientras miro a Aarón, que con todo lo chiquitillo y lo delgado que es, el tío ya lleva seis.

Pero ¿dónde echa todo lo que come?

Estoy pensando en ello cuando oigo a mi padre, que dice:

—E, ¿puedes traer más agua de la cocina?

Asiento con una sonrisa. Me levanto, cojo la jarra y voy a buscarla. Abro el grifo y estoy llenándola cuando oigo una risotada de mujer. Rápidamente miro por la ventana y veo el jardín de Diego.

«¡Joderrrrrrr!»

Están tomando algo sentados, charlando, cuando soy consciente de que Diego lleva una camiseta roja.

«Pero ¿la de antes no era azul?»

Una nueva risotada de Winnie the Pooh, y esta vez la acompaña de toqueteo. Alza su mano, la pone en el cuello de Diego y se lo sobetea mientras se mordisquea el labio inferior con premeditación y alevosía.

«Uf..., qué lagarta, la tíaaaaaaaaaaaa...»

Sofocada, no puedo dejar de mirar, cuando de pronto Diego se levanta, se quita con decisión la camiseta roja que lleva y, sonriendo, le tiende la mano.

«¡Madre mía, lo que me entra por el cuerpooooo!»

Ni media fracción de segundo tarda la *Missmehastocadolosovarios* en cogérsela y entrar con él en el salón, del que, por cierto, cierran la puerta y echan las cortinas.

*«Mecagoentoloquesemeneadeaquíapamplonapasandopormurciaelcheyhuelva.»*

Una cosa es imaginar, y otra ver. Y lo que yo he visto me hace suponer lo que va a pasar.

¡Si es que *tos* los tíos son iguales!

Les sonríes, les parpadeas, te mordisqueas el labio inferior mirándolos a los ojos ¡y caen como moscas en la mierda!

—E, ¿traes el agua? —oigo gritar a mi madre.

Rápidamente, reacciono. Vuelvo en mí y, tras ver que el agua se derrama por la jarra y en mi mano, cierro el grifo y digo:

—Voy. Ya voy, mamá.

Descolocada por lo que he visto, regreso a la mesa e, intentando olvidar lo que no me interesa, me integro en la conversación, cuando mi padre dice mirándome:

—Por cierto, E, mi amigo Ismael, el de Gestoría Gurruchaga, busca un gestor para la oficina y le he hablado de ti. ¿Qué te parece?

Asiento y me intereso. La realidad es que trabajé en una gestoría, allá por la época de Maricastaña, y, consciente de lo importante que sería obtener ese trabajo, respondo:

—Pues me parece genial, papá.

El hombre de mi vida, que no es otro que mi padre, sonríe y sacando su móvil dice:

—Apunta este teléfono y llámalo mañana porque les urge.

Rápidamente, mi madre deja ante mí papel y bolígrafo, y dice:

—Toma, cariño. Apúntate el teléfono.

Cuando voy a moverme, Nerea, que es una friki de los teléfonos, mira a mi padre y señala:

—Abuelo, no me seas antiguo. Pásale el número por WhatsApp.

Mi padre sonríe. Y, perdido en según qué modernidades como yo, mira a Nerea y pregunta:

—¿Y cómo hago eso?

Rápidamente, Nerea coge su teléfono y, tras enseñarle a hacerlo, el mío pita y ella dice:

—Mamá, ya lo tienes. Ahora guárdatelo.

—Pero qué lista es, la *jodía* —afirma mi padre orgulloso.

Todos sonreímos.

Sin duda las nuevas generaciones parece que traen de serie eso de saber manejar los móviles, y, guardándome el teléfono, afirmo:

—Mañana sin falta llamaré.

Una hora después, mis niños y yo, con la pancita llena y un táper de exquisitas empanadillas que han sobrado, regresamos a casa, donde *Torrija* nos recibe feliz.

## *Megacoensutíaladelpuebloyensusprimosdequintanar*

Como bien le dije a mi padre, llamé a la gestoría, y aquí estoy, contratada en un principio por seis meses.

¡Ole y ole!

Han pasado tres semanas desde que comencé a trabajar y, aunque al principio me sentí un poco descolocada por temas de ordenadores y programas, reconozco que rápidamente, aunque con un gran esfuerzo por mi parte, me he puesto al día.

Si es que lo que una mujer no haga ¡no lo hace ni Dios!

Por suerte, mis padres me están echando una mano con los niños. Todos los días, de lunes a viernes, a las ocho de la mañana o papá o mamá están en casa para que yo pueda ir a trabajar.

¿Qué haría sin ellos?...

Como estamos en verano, trabajo de nueve a tres, pero ya me ha dicho mi jefe que en septiembre será de nueve a cinco. ¡Perfecto!

Los niños llevan bien que yo trabaje y, llevándolo ellos bien, yo estoy feliz.

Saber que ahora soy la cabeza de mi familia y que tengo un trabajo me hace sentirme más segura, tan segura que uno de los días en que salgo de trabajar me voy a la peluquería y, aunque pensaba quitarme las mechas californianas, finalmente me aclaro el tono y me lo corto.

Siempre he oído decir que hacer un cambio drástico en tu pelo significa el comienzo de una nueva vida y, mira, creo que en esta ocasión ¡es verdad!

Por las tardes, cuando regreso de trabajar, tras pasar por mi casa y saludar con amor a mi *Torrija*, me cambio de ropa y me voy a la urbanización de mis padres. Mis amores están allí.

Al verme, corren hacia mí.

«Aisss..., lo que me emocionan que lo hagan.»

Me besan. Se interesan por mi día y, después, regresan a jugar con sus amigos.

Diego y Soraya están en la piscina con sus hijos. Encantada, me acerco a ellos, que me reciben con una sonrisa, y rápidamente nos ponemos a hablar.

Una de esas tardes les comento que he recibido un e-mail de mi abogado para darme fecha de firma para el divorcio. Sin duda, el divorcio exprés es rápido, y debo firmar el 31 de julio a las diez de la mañana. Saber eso me hace muy feliz. Cuanto menos tenga que ver con el padre de mis hijos, mejor.

Diego no ha vuelto a invitarme a salir, y aunque en ocasiones pienso en su cantidad, creo que lo mejor para ambos es el distanciamiento que nos hemos dado. Como adultos que somos, está claro que no debemos complicarnos la existencia. Ya bastante complicadita la tenemos.

Mis días de pronto se resumen en levantarme a las ocho de la mañana, ir a trabajar, a currar..., currar y currar, para luego, a las tres, coger el coche, regresar a casa, saludar a *Torrija*, ponerme el bikini, ir a la piscina con mis niños, volver por la noche a casa y, mientras ellos se

duchan, yo hago la cena. Después cenamos, a las once los envío a dormir y a las doce ya estoy durmiendo yo también en mi cama con *Torrija*.

Emocionante, ¿verdad?

Pero soy feliz. Os juro que soy feliz y no necesito nada más.

El día antes de la firma del divorcio, cuando por la tarde regresamos de la piscina de la urbanización de mis padres, al llegar a casa me encuentro al padre de mis hijos, apoyado en su coche.

Sorprendida, lo miro, cuando David lo ve y exclama corriendo hacia él:

—¡Papiiiiiiiiiiii!

Alfonso —voy a llamarlo alguna vez por su nombre— abre los brazos encantado y coge a nuestro niño. Lo besa. David sonríe cuando Nerea pregunta a mi lado:

—¿Qué hace papá aquí?

No sé qué responder. No me ha llamado.

—Tranquila, preciosa —me dice Aarón.

Sus palabras me hacen sonreír. Aarón es Aarón, y, tocándole la cabeza, lo animo:

—Corre, ve a saludar a tu padre.

Él asiente, pero no corre.

Sigue a mi ritmo y, cuando llegamos a la altura de aquél, que continúa con David entre sus brazos, saludo:

—Hola.

Con una sonrisa, él me mira y dice:

—Hola, Estefanía.

Aún se me hace raro oír mi nombre de sus labios. Tantos años llamándome «churri», «cari», «ninfa»..., es lo que tiene. Pero eso se acabó. Se acabó. Se acabó y pis-pus.

Una vez suelta a David en el suelo, besa a Aarón y a Nerea, y ellos a él. Es su padre y quiero que lo sea el resto de su vida, aunque a veces actúe como un verdadero imbécil.

Cuando los besos se terminan, Alfonso me mira y dice:

—¿Podemos hablar un momento?

«Uy..., uy..., lagarto..., lagarto.

»Como quiera retrasar el divorcio, lo mato.»

Pero él, al ver mi gesto, rápidamente aclara:

—Tranquila, mujer, que no es nada malo.

Asiento. Respiro y, consciente de cómo me miran los niños, indico:

—Entremos en casa.

Como hemos hecho muchas veces en nuestras vidas, los cinco entramos por la puerta de la que fue nuestra casa y que ahora es *mi* casa. *Torrija*, al ver a Alfonso, rápidamente lo saluda. Se alegra de verlo, aunque tras dos gracias me mira, me come a besos y ya no se separa de mí. Sin duda, ella es tan madre como yo de nuestros polluelos.

Rápidamente, y como cada noche, miro a los niños y ordeno:

—¡A la ducha!

Aarón se resiste, no quiere dejarme sola con su padre, pero Nerea, mi Nerea, al ver mi gesto, rápidamente agarra a su hermano del brazo e insiste:

—Vamos. Papá y mamá tienen que hablar.

Cuando desaparecen del salón, miro a Alfonso y pregunto:

—¿Quieres beber algo?

—Una cervecita no estaría mal.

Asiento. Me dirijo a la cocina y, tras sacar una cerveza para él y una Coca-Cola Zero para mí, por mi mente pasa si echarle unas gotitas de laxante. Sonrío, no lo puedo remediar, y una vez me convenzo de que tengo que olvidar esa maldad, salgo al salón con la cerveza y se la entrego.

Alfonso la coge y, tras dar un trago, pregunta mirándome:

—¿Qué tal te va en el trabajo?

—Bien —afirmo concisa.

—¿Y todo en general?

Me sorprende oír su pregunta. ¿Y a él qué le importa?

Tentada estoy de decirle que he probado cierta cantidad que supera a su supuesta calidad, pero no, mejor me callo.

Al ver que no voy a contestar, él continúa:

—¿Entonces mañana...?

—A las diez de la mañana —señalo al saber que hablamos de la firma del divorcio.

Alfonso asiente y yo no digo nada.

Ni soy su amiga, ni quiero serlo, sólo necesito que sea el padre de mis hijos, cuando de pronto me suelta sin anestesia ni nada:

—He alquilado el apartamento en Matalascañas de todos los años durante quince días en agosto y quiero llevarme a los niños de vacaciones con Vanesa. Pero, tranquila, antes firmaremos el divorcio.

¡Zaparrásssssssssssssss!

Me acaba de caer un jarro de agua con hielo de la Antártida en toda la cara y, como puedo, intento respirar.

¿Mis niños, mi ex y su novia de vacaciones juntos como si fueran una familia?

Parpadeo. No sé qué decir, cuando el imbécil —porque ya paso de llamarlo por su nombre— insiste:

—Te recuerdo, antes de que te niegues y pongas el grito en el cielo, que en el convenio regulador que firmamos, como padre, tengo derecho a quince días de vacaciones en verano, otros tantos en invierno, fines de semanas alternos y...

—Algo que no cumples —lo corto.

Desde que nos hemos separado, sólo se los ha llevado tres fines de semana enteros. Por norma, se los lleva el viernes, y el sábado ya me los está devolviendo después de comer porque, según él, David llora porque no está con su mamá.

Normal que llore, si siempre está conmigo y él no hace nada por ganárselo porque se muere por estar a solas con su nueva churri. ¿Cómo va a querer el niño estar con su padre?

En silencio, nos miramos.

En silencio, nos tanteamos.

En silencio le hago saber lo que pienso de él.

Nunca imaginé que pudiera ocurrirme esto.

Nunca pensé que ese al que parece que mis hijos le estorban en muchos momentos quisiera llevárselos de vacaciones, e intentando no perder los nervios, pregunto:

—¿Cómo pretendes llevarte a los niños quince días si eres incapaz de que estén contigo un fin de semana entero?

Alfonso se mueve. Lo quiera reconocer o no, sabe que digo la verdad, cuando insiste:

—Esto es diferente, Estefanía.

—¿Diferente, por qué?

—Porque estaremos en la playa, les compraré helados, regalos, verán a sus amigos de otros años y...

—Pero ¿realmente pretendes recuperar su cariño comprándolos?

Alfonso no dice nada. Siento ser tan sincera con él, pero es la puñetera verdad, y él no contesta. Se calla.

De nuevo el silencio se instala entre los dos, mientras *Torrija*, a mi lado, es testigo de todo, hasta que yo digo:

—La firma del divorcio es mañana. ¿Para cuándo has alquilado la casa?

—A partir de este sábado.

«Uf..., sólo quedan cuatro días, ¡sólo cuatro!» Y, enfadada porque se vaya a llevar a mis hijos, aunque como padre tenga todo el derecho, protesto:

—¿No podías irte de vacaciones a otro sitio? ¿De verdad tienes que ir allí?

El gilipollas, porque no tiene otro nombre, resopla e indica:

—Si voy allí es por ellos. Sólo por ellos.

*«Megacoensutíaladelpuebloyensusprimosdequintanar.»*

Lo conozco. Estuve veinte años con él y es un puñetero tacaño con el dinero.

El motivo de que siempre fuéramos a ese apartamento era que estos amigos nos lo dejaban muy baratito.

Pero ¿éste se cree que no lo conozco y me he caído de un guindo?

Tengo mil preguntas, pero también tengo mil respuestas, y a cuál peor. Estoy descolocada pensando en ellas cuando Alfonso insiste:

—Los cuidaré. Tendré cuidado de ellos.

—Por la cuenta que te trae —siseo molesta.

«¡La madre que lo parió!

»En la vida he tenido yo que decir eso.»

Pero, vamos a ver, si no cuido yo a mis hijos, ¿quién narices los va a cuidar?

—No te preocupes por nada —insiste—. Vanesa es una buena chica y me ayudará con ellos y...

Cierro los ojos y dejo de escucharlo.

Mi cabeza se vuelve loca.

Mi ex se quiere llevar a mis niños, ¡mis niños!, de vacaciones sin mí, pero con su novia, y soy consciente de que no me puedo negar. Legalmente puede hacerlo, como podría hacerlo yo si se diera el caso.

El corazón se me acelera.

¿Y si dejan de quererme para querer a esa mujer?

¿Y si, a su vuelta, ya no quieren vivir conmigo?

¿Y si...? ¿Y si...? ¿Y si?

Pero no. No puedo ser tan negativa.

No puedo pensar esas tonterías.

Mis niños me quieren. Lo sé.

Y, por muy buena, amable y complaciente que sea la nueva novia de mi ex, ellos nunca van a dejar de quererme, porque sé cuánto me quieren y me necesitan. Soy su mamá. Su mami.

Una vez me tranquilizo, y consciente de que ante su petición no puedo hacer nada, oigo cuando abro los ojos:

—... ellos tienen allí amiguitos con los que estar y se lo pasarán bien.

Vale. En eso tiene razón.

Los amiguitos de mis hijos de todos los veranos los harán olvidarse de cuanto ha pasado entre nosotros, pero... pero... ¿y yo? ¿Cómo voy a vivir sin tenerlos a mi lado?

Guardamos silencio, cuando de pronto aparece David duchadito, oliendo a Nenuco con el pelo mojado y, mirando a su papi, pregunta:

—¿Te quedas a cenar?

—No —me apresuro a decir.

Sinceramente, tras esa noticia, que se quede a cenar es un peligro, porque estoy tannnnnn cabreada, tannnn enfadada, tannnnn molesta, que a éste le zumbo el bote entero de laxante, me lo cargo por una cagalera profunda y termino en la cárcel por homicidio. Por tanto, no se queda a cenar.

Alfonso no rebate lo que he dicho, y, tomando a David entre sus brazos, comienza a bromear con él. Segundos después aparece Aarón, se suma a las bromas de su padre y, cuando minutos después aparece Nerea, ésta se acerca a mí.

Alfonso nos mira y de pronto suelta:

—¿Qué os parece si os venís los tres conmigo y Vanesa de vacaciones a Matalascañas?

Un silencio sepulcral se hace en el salón.

«Uf..., qué incómodo.»

Cuando Alfonso insiste:

—Allí podréis ver a vuestros amiguitos, montar en bici, ir a la playa, hacer la fiesta del verano como todos los años y comer cientos de helados, ¿no os apetece?

—Síííííííííííí —grita David, mi chiquitín.

Aarón no sabe qué responder, sólo me mira, cuando siento que Nerea enreda su mano entre la mía. Sé cuánto les gusta a Nerea y a Aarón ir a Matalascañas. Si alguien disfruta siempre de esas vacaciones son ellos, y a pesar de lo que me duele decir lo que sé que tengo que decir, suelto:

—Creo que será estupendo que vayáis con vuestro padre. Pensad que este año, al estar yo trabajando, no puedo llevaros de vacaciones.

Ni Nerea ni Aarón reaccionan. Están tan paralizados como yo segundos antes, cuando insisto:

—Os prometo que el año que viene seré yo quien os lleve a Matalascañas, ¿os parece?

Nada, siguen sin reaccionar, cuando Nerea pregunta sin soltarme:

—Mamá, ¿estás segura?

Sin abandonar la sonrisa, a pesar de que mi corazón llora, asiento.

Que mi situación con ese gilipollas haya cambiado no tiene que significar que la de mis hijos tenga que cambiar. Ellos se merecen sus vacaciones, y afirmo:

—Sí, mi amor. Sólo serán quince días y, cuando volváis, yo seguiré estando aquí.

Aarón y Nerea se miran entre sí y asienten, y Alfonso, al verlo, da una palmada y dice soltando a David:

—Estupendo. Pues, chicos, preparad las maletas, porque el viernes os recojo antes de cenar, dormís en casa y así salimos de madrugada.

—¿*Torrija* viene también? —pregunta David.

Todos miran a la perra, que está sentada a mi lado.

Creo que el animalito decidió hace tiempo con quién quería estar, y Alfonso rápidamente indica:

—No. Es mejor que se quede con vuestra madre.

Asiento. Sin duda es lo mejor para todos.

Segundos después, el imbécil se va, dejándome a los niños revolucionados hablando de sus amigos de Matalascañas y, a mí, con el corazón machacado.

Aun así, sonrío. Necesito que mis hijos me vean hacerlo.

Lo ocurrido entre mi ex y yo ha de tomarse como algo normal, especialmente tratándose de los niños. Lo que está claro es que Nerea, Aarón y David tienen dos padres, y ambos debemos cuidarlos y protegerlos. Y lo que está claro también es que como a alguno de ellos le pase algo por la negligencia de mi ex, voy a la cárcel, pero a éste le arranco la cabeza sí o sí.

# Separada, y ahora ¡DIVORCIADA!

El martes 31 de julio, tras pedir permiso en el trabajo, a las diez menos cuarto estoy en el juzgado que me indicó nuestro abogado.

Al llegar veo al padre de mis hijos con él, y los saludo con una sonrisa. Mi ex me mira con gesto serio.

«¿Y a éste qué le pasa?»

Mientras el abogado nos explica lo que va a ocurrir en los próximos minutos, le presto toda mi atención y, con el rabillo del ojo, veo que Alfonso me mira. Una vez nuestro abogado termina, se aleja unos pasos de nosotros y oigo decir:

—Churri..., ¿estás segura de lo que vamos a hacer?

Sin dar crédito, lo miró.

«Uissss..., lo que me entra por el cuerpo...

»Pero, vamos a ver, pedazo de imbécil, por no decir algo peor, ¡que tú ya estás viviendo con otra mujer!

»¿Qué haces preguntándome eso?»

Y, sin ganas de contestar, o juro que me van a salir por la boca sapos y culebras, me doy media vuelta y me alejo. O eso, o le parto la cara ahí mismo.

Media hora después, salimos del juzgado. Nuestro abogado nos dice unas palabritas, especialmente para recordarnos que tiene que pasarnos la minuta por sus servicios, y después se va.

Alfonso y yo nos quedamos parados. Nos miramos y, finalmente, para acabar con el incómodo momento, señalo:

—Tengo que irme a trabajar. Adiós.

Él asiente y, cuando me doy la vuelta, lo oigo decir:

—El viernes recogeré a los niños a las nueve.

Ahora la que asiente soy yo, y me marcho a trabajar.

Los días pasan, llega el viernes y mi agobio casi no me deja respirar.

Mis hijos, mis polluelos, se marchan hoy mismo, y voy a estar sin verlos quince días, con sus respectivas noches.

Nunca he estado tanto tiempo separada de ellos, y siento una opresión en el pecho que... Bueno..., creo que me entiendes si tienes hijos, ¿verdad?

Con diligencia, preparo las maletas de los tres. Braguitas, calzoncillos, calcetines, bañadores, camisetas, faldas, pantalones, crema solar, gorras, toallas..., todo. Quiero que no les falte de nada si yo no estoy con ellos.

Nerea se hace sola la maleta, pero sigue demandando mi ayuda. Todavía es una niña, por muy mayor que se crea, y yo la ayudo encantada e incluyo en su equipaje compresas y pastillas

para el dolor de regla. Sé que en esos días le tiene que venir el incordio que toda mujer sufre al menos una vez al mes, y necesito que se cuide aunque yo no esté a su ladito.

Intento sonreír, para que ellos sonrían.

Intento no venirme abajo, para que ellos no sufran.

Y lo consigo. Vaya si lo consigo.

Pero cuando, finalmente, antes de cenar, llega el momento de la despedida, me quiero morir.

Te juro que es como si me metieran la mano en el corazón y me lo arrancaran de cuajo.

Despedirme de mis hijos es lo más duro que he tenido que hacer en mi vida, y aunque aguanto como una jabata, en cuanto éstos se montan en el coche de su padre, él arranca y se van, las lágrimas salen a borbotones de mis ojos y comienzo a llorar.

Con hipo y todo, entro en casa, donde *Torrija*, mi preciosa perra, intenta consolarme a su manera. Me pone la pata encima, me lame las manos, me trae sus muñecos para que juguemos, pero yo estoy inconsolable.

Lloro y me compadezco de mí misma y, cuando consigo tranquilizarme, me levanto, voy a la cocina, abro el frigorífico, cojo una Coca-Cola y, tras dar el primer trago, mi móvil vibra. Al mirar, veo que he recibido un wasap y la barbilla me comienza a temblar cuando veo que se trata de un mensaje de Aarón que dice:

Preciosa, te quiero.

«Aisss, mi chiquitín...»

Vuelvo a llorar.

Pero ¿a quién le voy a dar capones estos días y quién me va a llamar «preciosa» con tanto amor como él me lo llama?

Con desconsuelo, vuelvo a hipar, y de nuevo la pobre *Torrija* hace todo lo posible porque deje de llorar.

Para que luego digan que los perros no tienen sentimientos...

Media hora después, me tranquilizo. He de hacerlo. De nada sirve llorar como estoy llorando, excepto para provocarme el dolor de cabeza que tengo.

Una vez me tomo una aspirina, soy consciente de que ahora ésta es mi vida. Estoy divorciada, mis hijos tienen un padre al que querer tanto como a su madre y, como tal, debo asumirlo. Lo importante son los niños, y espero que Alfonso llegue a la misma conclusión que yo.

Esa noche, tras recibir las llamadas de mis padres, mis hermanos, Soraya y Diego para preguntarme cómo estoy y yo mentir como una bellaca indicándoles que estoy bien, duermo en el sofá, no tengo fuerzas para llegar a mi habitación. Sin embargo, cuando me despierto a las diez de la mañana, noto el cuello tronchado.

«Uf..., ¡qué dolor!»

Me despego del sofá, y *Torrija*, y tras darme su beso mañanero, me acompaña a la ducha, donde parece que mi cuello vuelve a encajar.

Una vez termino y me visto, la casa se me queda grande. Enorme. Si mis hijos estuvieran aquí, alguno estaría gritando o peleándose, pero no están, y el silencio es sepulcral. Por eso, decido salir para darle un largo paseo a *Torrija*. Mi niña preciosa se lo merece.

Cuando regreso son casi las doce y media de la mañana y hace un calor tremendo. Mi madre me llama. Se preocupa por mí, y yo rápidamente le recuerdo que estoy bien y me autoinvito a

comer con ellos. No quiero pasar un sábado sola.

Horas después, tras comer con mis padres, y hablar con Nerea, que me llama para decirme que ya están en Matalascañas, decido marcharme. Oír el alboroto de la urbanización y no ver a mis niños en la piscina tirándose en bomba me está encogiendo el alma, por lo que decido regresar a casa con *Torrija*.

Una vez me despido de mis padres, cuando salgo a la calle, sólo oigo a los grillos. A las cuatro y media de la tarde, en un pueblo de Madrid, es increíble el calor que hace, y, mirando a *Torrija*, digo cruzando al campo para que haga sus cosas:

—Rapidito o nos desintegramos.

Según comienzo a caminar, oigo un coche que llega. Con disimulo, veo que se para en la entrada de la casa donde vive Diego y que del coche baja una mujer. Su cara me suena, y cuando segundos después veo a Maya descender del vehículo con una mochila, comprendo quién es. La exmujer de Diego.

Parada bajo un árbol para que me dé la sombra, las observo. La exmujer de Diego es muy guapa, muy mona, y por su forma de moverse creo que está nerviosa, mientras la niña, con su mochila a cuestas, la mira.

Con su manita, Maya intenta tocarla, pero la mujer la aparta de ella de malas maneras. La pequeña insiste y aquélla vuelve a retirarla de su lado.

¿Por qué le hace eso a la niña?

Vale que Maya es un pequeño demonio, pero, por muy demonio que sea, ¡es una niña y es su hija!

Su manera de tratar a la chiquilla me incomoda, aunque lo que me hace enfadar realmente es ver las lágrimas de Maya rodar por su rostro, y ¡sin chillar!

Boquiabierta, observo cómo aquella mujer, con sangre fría, no le dice nada a la niña que la observa con ojitos tristes y repletos de lágrimas. Las lágrimas le corren por el rostro y eso me parte el corazón, porque sé que cuando un niño llora así lo hace con sentimiento.

La mujer, tras llamar a la puerta de Diego y que éste no le abra, coge su teléfono, vuelve a retirar a la niña de malas maneras de su lado y veo que habla con alguien mientras gesticula con las manos.

Incapaz de no acercarme para consolar a Maya, lo hago y, cuando cruzo de acera y estoy a escasos pasos, digo para llamar su atención:

—Hola, Maya.

La niña, al verme, sorprendiéndome como nunca en mi vida, suelta la mochila y corre a abrazarme. Lo hace de tal forma y con tal desesperación que me deja sin palabras, cuando la que imagino que es su madre me mira y dice tras colgar su teléfono:

—Hola, ¿conoces a Diego?

Sin dudarlo, asiento y ella vuelve a preguntar:

—Ya que lo conoces, ¿puedo pedirte un favor?

Vuelvo a asentir, cuando ella pide:

—¿Te puedes quedar con Maya?

La niña me aprieta con sus manitas la cintura y, al notarlo, digo:

—Claro, pero ¿y Diego?

La mujer gesticula, ladea la sonrisa y responde:

—No me hables de ése, que... que... —Toma aire, después se retira el sudor de la frente y suelta—: Debería haber pasado hace tres horas por mi casa a recoger a la niña. Sabe que me voy

de viaje, pero no... ¡Justo hoy se le tiene que pinchar una rueda según regresaba de Toledo! ¿Te lo puedes creer?

Asiento.

Sé cuánto quiere Diego a Maya y las ganas locas que tenía de verla, y cuando voy a responder, ella insiste cortándome:

—Si ese caradura piensa que voy a perder el avión, ¡va apañado! Acabo de hablar con él y me ha dicho que tardará una hora en llegar. ¡Una hora! Y, lo siento, pero no puedo esperar, porque mi vuelo sale dentro de dos horas.

—Mami... —gime Maya.

La mujer mira a la niña y, con una sangre fría que me hiela la mía, suelta:

—Maya, ¡basta de llorar!

—Pero, mami...

—¡Maya, ¿no me has oído?!

Su tono de voz tan autoritario dirigido a la pequeña, que la mira con la cara llena de lágrimas y entre hipidos, me cabrea.

Pero ¿cómo puede hablarle así?

Estoy pensando qué decir cuando aquella imbécil, a la que le importa más no perder un avión que las súplicas de su niña, insiste:

—Mira, Maya, te he llevado de vacaciones conmigo, la abuela y los primos, pero ahora me toca disfrutar de las mías. Tienes que entenderlo. Ya te lo he explicado mil veces.

Asombrada, pongo la mano sobre la cabecita de la pequeña con la intención de que deje de darle el sol, cuando la mujer, mirándome, dice:

—Si tú no puedes quedarte con ella, ya le he dicho a Maya que se siente en la entrada de la casa de su padre, que él enseguida viene.

«¡¿Cómoooooo?!»

¿Esa inconsciente me está diciendo que, si yo no llego a aparecer, se habría marchado y habría dejado a la niña, a las cuatro y media de la tarde, con este calor, sola y llorando? ¿En serio?

Maya no me suelta. A su modo, pide cariño, compañía y mimos y, sin ganas de seguir hablando con aquella idiota, afirmo:

—Tranquila. Yo me quedaré con ella.

Su gesto se relaja, sonríe y, a continuación, dice:

—Gracias. ¿Tu nombre es?

—Estefanía. Mis padres viven en la urbanización.

Ella asiente. No pone en duda nada de lo que digo, y, mirando a la pequeña, que continúa agarrada a mi cintura, añade:

—Maya, te dejo con Estefanía hasta que tu padre vuelva. Sé buena.

Y, sin más, se le acerca, le da un rápido beso en la coronilla y, con todo su papo, ¡se va!, ¡se las pira!

Una vez el coche arranca, me quedo petrificada a pleno sol, con mi perra y la niña agarrada a mi cintura. No sé qué decir. No sé qué hacer.

Está visto que yo por mis hijos mato, mientras que otras por sus hijos ni se despeinan. Desde luego, hay madres y madres, y padres y padres.

Cuando creo que el sol nos va a fulminar a las tres y estamos sudando una barbaridad, saco mi teléfono del bolsillo de mi peto vaquero y, tras marcar el teléfono de Diego, pregunto al oír su

voz:

—¿Dónde estás?

—Peleándome con el puto coche para cambiar la puta rueda —gruñe enfadado con la respiración entrecortada—. ¿Qué ocurre?

Miro a la niña, que no me ha soltado, y rápidamente digo:

—Maya está conmigo.

—¡¿Qué?! Pero ¿qué hace contigo si tiene que estar con su madre? —oigo que pregunta sorprendido.

Sin ganas de decir lo que pienso sobre la que se ha pirado dejándole a su hija a una extraña, simplemente contesto:

—Escucha, todo está bien. Y ahora, sin prisa y relajadito, termina de cambiar la rueda del coche y luego ven a mi casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —oigo que dice Diego.

Cuando cuelgo, miro a la pequeña, que no se ha movido, y cuando consigo que me mire pregunto retirándole las lágrimas de las mejillas.

—¿Qué te parece si nos vamos a comer un helado?

La niña asiente.

La que acabo de hacerle es una buena oferta, y cuando me suelta la cintura, cojo la mochila del suelo y, entregándole la correa de *Torrija*, pregunto:

—¿Me ayudas a llevarla?

Maya mira la correa de *Torrija* como si se tratara de un fórmula 1. Creo que es la primera vez que alguien le ofrece algo así, y pregunto:

—¿Te dan miedo los paseadores de humanos?

Eso la descabala. No sabe lo que es un paseador de humanos, y, señalando a *Torrija*, a la que la lengua le llega al suelo, indico:

—Los perros son paseadores de humanos, o al menos *Torrija* lo es. Y ¿sabes por qué? —Maya niega con la cabeza y, sonriendo, aclaro—: Porque es ella la que me saca a pasear a mí y no al revés.

Maya finalmente sonríe. Ver su sonrisita me hace sentir bien, y cuando noto las gotas de sudor bajándome por el cuello, insisto:

—Venga, vayamos a mi casa. Tu papi viene a buscarte allí.

Un buen rato después, Maya y yo estamos en casa con *Torrija* tiradas en el sofá.

Madre mía, qué calor que hace en la calle y lo requetechupi que estamos en casita con el aire acondicionado.

Cuando veo a Maya sonreír por algo que hace *Torrija*, yo también sonrío.

Si alguno de mis hijos estuviera llorando como lloraba esa niña, sólo le pido al cielo que alguien se preocupara por él como he hecho yo con Maya y lo hiciera sonreír. La sonrisa en un niño dice mucho.

Al ver cómo mira la Wii, le propongo jugar y ella acepta. Rápidamente, pongo uno de los juegos de David y las dos jugamos. Maya sonríe, me muestra que, además del demonio de gafas amarillas, también puede ser una niña encantadora, y eso me gusta. Me gusta mucho.

Una hora más tarde, el timbre de la puerta de mi casa suena y *Torrija* ladra. Hay que ver el escándalo que monta siempre, y, cuando segundos después, un apurado, grasiento y sudoroso Diego entra en mi casa, Maya está jugando con la Wii.

—Tranquilo —digo mirándolo—. Está bien.

Diego asiente, me da un beso en la mejilla y corre hacia su hija, que, al verlo, se tira a sus brazos y lo llena de besos. Bueno, rectifico: se llenan de besos mutuamente. Menudos besucones son esos dos.

La imagen es, como poco, maravillosa, preciosa, y tengo que sonreír.

Veinte minutos después, mientras Maya sigue jugando con la Wii, le ofrezco a Diego el baño para que se lave. Tiene las manos y la cara negras de grasa por la rueda, y él acepta sin dudarlo.

Cuando acaba, entramos juntos en mi cocina y él pregunta mirándome:

—¿Me vas a contar ahora cómo ha terminado Maya contigo?

Sin dudarlo, le cuento lo ocurrido y, una vez finalizo, él sisea con cara de mala leche:

—Es lo último que me esperaba de ella... ¿Me estás diciendo que, si no llegas a aparecer tú, pensaba marcharse y dejar a la niña en la puerta?... ¡¿En la puta puerta, a las cuatro de la tarde y sola?!

—Tranquilízate —le pido.

—¿En serio cree que fingí un pinchazo para no recoger a Maya?

Asiento, es la purita verdad, y maldice:

—Cree el ladrón que todos son de su condición.

No pregunto. Mejor no preguntar por qué ha dicho eso, cuando Diego, dolorido por lo que su ex es capaz de hacer con la niña, se acerca a mí y, abrazándome, murmura:

—Gracias. No sabes cuánto te agradezco este detalle.

—No pasa nada, Diego...

—Sí pasa —me corta—. Sé lo difícil que es Maya como niña y cómo se ha comportado en otras ocasiones contigo. Pero esto...

No continúa. Siento que la emoción lo embarga mientras permanecemos abrazados en la cocina y de fondo suena la odiosa y nada romántica musiquita del *Mario Kart*.

«Uisss..., uiss..., lo que me está entrando por el cuerpo.

»No, Estefanía, ¡ni se te ocurra!»

Pero nuestras miradas se encuentran.

Nos miramos a los ojos durante unos segundos y, como si un enorme imán nos atrajera, nos besamos.

«Buenooooooooooooo..., ¡cagaditaaaaaa!

»Pero, ¡ay, Dios!, no me quiero separar.»

No quiero dejar de besarlo y, por su atención, algo me dice que a él le pasa lo mismo.

Excitados, encendidos y locamente agitados, para que Maya no nos vea, nos echamos a un lateral de la cocina mientras nuestras bocas y nuestras manos vuelan en busca de placer. De mucho placer.

Un beso..., dos..., cinco..., y de pronto siento algo duro contra mi cuerpo.

«¡Ay, madre, la cantidad!»

Nos miramos...

Nos deseamos...

Pero no podemos. No debemos. Maya está en el comedor y puede aparecer en cualquier momento en la cocina, y con grandes esfuerzos paramos y él dice:

—Creo que debemos encontrar otro momento.

Asiento. Tiene más razón que un santo.

Pero, incomprensiblemente, volvemos a besarnos.

«¡Diosssssssss, cómo besaaaaaaaaaaaaaa!»

De nuevo la locura se apodera de nosotros.

De nuevo nos olvidamos de dónde estamos...

En ese instante, suena de nuevo el timbre de la puerta, *Torrija* comienza a ladrar y Maya grita:

—¡La puertaaaaaaaa!

Ambos asentimos. Sabemos que suena el timbre y, separándonos, nos miramos y murmuro:

—He de abrir.

—De acuerdo... —asiente.

Como en una nube, me separo. Madre mía..., ¡me tiemblan hasta las piernas!

Si Jesús besaba bien, Diego ¡ni te cuento! Y cuando voy a darme la vuelta, Diego me coge del brazo y dice:

—Oye, escucha...

El timbre vuelve a sonar. *Torrija* vuelve a ladrar y Maya vuelve a gritar:

—¡La puertaaaaaaaaaaaaa!

Parpadeo. Me siento tan tonta y desconcertada como el día en que me caí en su jardín y me destrocé la rabadilla. Estoy tan alelada con todo esto que, si hablo, voy a parecer checoslovaca y, sin responder, voy a la puerta y, al abrirla, me encuentro con Soraya y las amigas, que, mirándome, gritan enseñándome una botellita de tequila:

—¡Sorpresaaaaaaaaaaaaa!

«¡La madre que las parió!

»Pero ¿qué están haciendo aquí?»

Entran en casa y, al ver a Diego salir de la cocina, Soraya pregunta sonriendo:

—Pero ¿qué haces tú aquí?

Diego se acerca a ella y cuchichea guiñándole el ojo:

—Estefanía estaba cuidando de Maya hasta que yo llegara.

Rápidamente Soraya ve a la niña y, cambiando el gesto, murmura:

—Ohhh..., ya ha regresado de vacaciones, ¡qué bien!

Diego y yo asentimos, y Soraya, mirándome, pregunta:

—¿Estás hoy mejor, cariño? ¿Sabes algo de los niños?

Sorprendida, me doy cuenta de que en las dos últimas horas no he pensado en mis hijos y, sintiéndome culpable por ello, respondo:

—He hablado con Nerea hace un rato y me dijo que ya estaban en Matalascañas.

Soraya sonríe, mientras las amigas entran en la cocina en busca de vasitos para el tequila y Diego indica:

—Como tú me dijiste a mí, piensa en positivo y recuerda que los niños lo van a pasar bien.

Con una sonrisa asiento, cuando él, tan apurado como yo, se acerca a Maya, le quita el mando de la Wii, coge la mochila de la niña del suelo y, haciendo sonreír a su pequeña, dice echándosela al hombro:

—Nos vamos. Tenemos que ir al súper a comprar un tanque enorme de helado.

—¡Síííííííííí! —grita Maya feliz.

Una vez salen a toda prisa de mi casa, yo me quedo mirando la puerta. Todavía siento los cautivadores besos de ese hombre en mi boca, e intento sonreír.

Mis amigas se repanchingan en el sofá con varios vasitos para el tequila, sal y limón, y yo me siento con ellas. Y, dispuestas a disfrutar de una tarde noche de risas, intento pasarlo bien, mientras pienso: «¿Debo llamar a Diego por teléfono en cuanto mis amigas se vayan o no?».

*Continuará…*



Megan Maxwell es una reconocida y prolífica escritora del género romántico que vive en un precioso pueblecito de Madrid. De madre española y padre americano, ha publicado más de treinta novelas, además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica, en 2010, 2011, 2012 y 2013 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com. En 2013 recibió también el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta) y en 2017 resultó ganadora del Premio Letras del Mediterráneo en el apartado de novela romántica.

*Pídeme lo que quieras*, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
<www.megan-maxwell.com>.

# Referencias a las canciones

*Tomorrow*, Walt Disney Television, interpretada por Alicia Morton. *(N. de la e.)*
*Vente pa'ca*, Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Ricky Martin y Maluma. *(N. de la e.)*
*Can't Take My Eyes Off You*, Saifam/Nar, interpretada por Gloria Gaynor. *(N. de la e.)*
*Finesse*, Atlantic Records, interpretada por Bruno Mars y Cardi B. *(N. de la e.)*
*My Heart Will Go On*, Sony Music Entertainment, interpretada por Céline Dion. *(N. de la e.)*
*Que me coma el tigre*, Menited, interpretada por Lola Flores. *(N. de la e.)*

*Soy una mamá divorciada y alocada*
Megan Maxwell

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: Nines Mínguez

© Megan Maxwell, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2018

ISBN: 978-84-08-17543-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre
www.eltallerdelllibre.com

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!




## ¡Síguenos en redes sociales!